

Audiolibro En Busca Del Gran Kan V
Blasco Ib Ez Primera Parte Rese A Y
Cap Tulos I li lii

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Melanie Frederick (*Deptford Township*)** - - - - RESEÑA: Esta novela es la primera parte de un magno proyecto sobre la conquista de América. El tomo primero se debía titular *El tesoro del Gran Kan* o *La cuna* y se refería a la figura compleja, grandiosa y mística de Cristóbal Colón, el segundo trataría de Alonso de Ojeda bajo el título *El Caballero de la Virgen*, el tercero narraría la conquista de México por Cortés y el cuarto se dedicaría a Pizarro o a Núñez de Balboa, y llevaría como título *El oro y la muerte*. Al morir, el autor sólo dejó escritas las dos primeras. Todas las cualidades de descriptor y de narrador que poseía Blasco Ibáñez patentiza *En busca del Gran Kan*, (Cristóbal Colón), publicada póstumamente en 1929, que narra, junto a la expulsión de los judíos, la preparación, travesía y exploración inaugural del primer viaje colombino, enmarcado todo ello en una delicada trama amorosa. Su erudición histórica le permite al novelista dar vida a la sociedad española del siglo XV y describir, con luz y precisión, la naturaleza americana. El lector encontrará en este libro la novela de la gran equivocación de una vida. *EN BUSCA DEL GRAN KAN*. (La novela de Cristóbal Colón). Vicente Blasco Ibáñez. PRIMERA PARTE. *EL HOMBRE DE LA CAPA RAÍDA*. Capítulo Primero.- Lo que pasó hace cuatrocientos treinta y seis años en el camino de Granada a Córdoba. EL más joven de los dos soltó la vara leñosa que le servía de apoyo, sus rodillas se doblaron, y deslizándose entre los brazos de su compañero, que había acudido a sostenerlo, quedó tendido en el suelo al pie de un matorral. —No puedo más, Fernando. ¡El Señor me valga! Su rostro delicado, casi femenino, palideció hasta tomar una blancura verdosa. Sus ojos negros, rasgados en forma de almendra, se cerraron, después de un parpadeo de angustia. Fernando, arrodillado junto a él, lo abrazaba, hablando al mismo tiempo para infundirle ánimo. —¡Lucero! ¡Mi tesoro! ¡Arriba!... No te entregues. Podía descansar un poco, y luego continuarían su viaje, durmiendo aquella noche en Córdoba. Pero su compañero parecía no oírlo. Instintivamente había apoyado su cabeza en uno de los hombros de Fernando, quedando adormecido, sin más signo de vida vital que una débil y fatigosa respiración. El llamado Fernando, siempre de rodillas, miró en torno, sin ver a ningún ser humano en los dos extremos del camino ni en las tierras inmediatas. Esto fue en 1492, cinco meses después de haber terminado la famosa guerra de Granada. Corría el mes de mayo, y los reyes que después fueron llamados Católicos habían subido el 2 de enero, como vencedores, a la fortaleza de la Alhambra, viendo a sus pies la sometida capital de los últimos monarcas musulmanes de España. En estas primeras horas de la tarde parecía respirar la tierra el vigor y los perfumes de su renuevo primaveral. No se veía por ninguna parte el trabajo del hombre. Los dos jóvenes estaban solos, entre dehesas cuyos matorrales se mostraban cubiertos de menudos racimos o flores silvestres, rosadas, blancas, amarillas. El camino era más bien una pista natural, abierta por el paso de los viandantes en el transcurso de los años. Las carretas habían dejado profundo surco en el suelo. Este era polvoriento la mayor parte del año, y otras veces se convertía en barranco bajo las lluvias invernales. La andadura de mulas y caballos, así como las pisadas de los peatones, iban borrando estas huellas profundas y desmenuzaban la tierra para que se transformase en barrizal a la próxima tormenta. Más allá de los matorrales que lo bordeaban, en dilatados espacios cubiertos de menuda hierba, algunos toros casi salvajes rumiaban su pasto, o iban con lento paso a beber en las charcas de una cañada próxima. Dichas bestias eran los únicos seres vivientes en esta soledad. Los pastores debían de hallarse muy lejos, y resultaron inútiles los gritos que lanzó Fernando, asustado por el desfallecimiento de su compañero. Cuando tales llamamientos se perdieron sin eco en la infinita planicie, abandonó el joven al caído para despojarse de un pequeño saco de lona que llevaba colgado de un hombro. Debía de contener algunas ropas a juzgar por su blandura, y lo colocó a modo de

almohada bajo la cabeza de Lucero. Luego echó mano a una pequeña bota de vino, muy lacia, pendiente de su ceñidor, y repitiendo aquellas palabras con que pretendía reanimar a su camarada, pugnó por abrirle la boca, deslizándose entre sus labios el pitorro de dicho pellejo, casi exhausto. Las últimas gotas de vino reanimaron momentáneamente a Lucero. Entreabrió los ojos para mirar agradecido, a su acompañante; luego volvió a cerrarlos, diciendo con voz débil: —Tengo hambre. Acogió Fernando tales palabras con gesto desalentado. Sabía que en la bolsa de lienzo no quedaba ningún pedazo de pan. El último mendrugo lo habían comido aquella mañana..., ¡y nadie a quien pedir socorro!... Iban vestidos los dos con pobreza; pero sus ropas, aunque raídas revelaban un origen superior al de los rudos indumentos usados por la gente del pueblo en los campos y los suburbios de las ciudades. Llevaban sayos cortos, calzas de lana y un birrete sobre las crenchas recortadas al nivel de los lóbulos de sus orejas. Las calzas tenían remiendos y algunos agujeros; los sayos mostraban ya la trama de su tejido; el polvo había deslustrado aún más dichas prendas; pero se adivinaba que habían sido de brillantes colores y algo costosas en el momento de su adquisición. Reconfortado Lucero interiormente por las gotas de vino, parecía dormitar ahora. Su compañero no osó incitarle a que continuase la marcha. El caído prefería permanecer con los ojos cerrados al pie de aquel matorral intensamente rumoroso a causa de los enjambres de insectos que aleteaban sobre el rudo follaje buscando los zumos azucarados de sus flores. Se convenció Fernando de que aquel día no llegarían a Córdoba, pensando con inquietud en la posibilidad de pasar otra noche a cielo raso, como las dos anteriores, pero ahora sin vino, sin pan, sin un compañero de ruta que pudiera socorrerlos. ¿Era posible quedar abandonados así, en tierra de cristianos, lo mismo que los navegantes que naufragaban en islas desiertas al ir a hacer rescates de oro en las costas de Guinea? De marchar solo, no le hubiese arredrado tal situación; pero llevaba con él a Lucero, débil de fuerzas, y cuyos pies sangraban desde un día antes dentro de los duros borceguíes que él le había prestado. Revivía, en el espacio de breves instantes, toda su vida anterior con esa concreción fulminante que solo conocemos en minutos angustiosos. Los dos habían nacido en Andújar: él tenía diecisiete años; y Lucero, quince. Su padre, Pedro Cuevas, había guerreado contra los moros granadinos—como escudero de uno de los señores que acompañaban al rey don Fernando desde su primera campaña—, hasta que en la toma de una población lo atravesaron dos saetas mahometanas, haciéndolo caer muerto desde los últimos travesaños de una escala de asalto. El joven únicamente había conocido en realidad a su madre, pues en aquellos tiempos de continua guerra el escudero sólo de tarde en tarde aparecía en su hogar. Hijo de viuda, vigoroso de cuerpo y aficionado a peligros y violencias, Fernando se había educado a su gusto, abandonando, apenas tuvo diez años, el estudio, pobre escuela donde aprendió a leer con lentitud y a escribir mal, uniendo a las dos mencionadas artes la doctrina cristiana aprendida de memoria en fuerza de recitarla a gritos. Prefería salir a las afueras del pueblo, en calzas y jubón, con otros muchachos de su edad, a ferir la pelota, enviándose entre ellos la dura bola de cuero con incansable agilidad. Otras veces se ejercitaban en el manejo del arco y la lanza, o con largas espadas de madera golpeábanse unos a otros, fingiendo batallas de moros y cristianos, diversiones belicosas que empezaban entre risas para acabar con derramamientos de sangre y cabezas rotas. Aparte de los mencionados entretenimientos, tenía otros de más reposo y mayor agrado para su alma. Habitaba con su madre en una casucha propiedad del noble señor al que había servido el difunto escudero. Esta vivienda gratuita, las limosnas que de tarde en tarde hacía dicho prócer a la viuda y una pensión de unos cuantos centenares de maravedises que un pariente fraile había conseguido de la reina Isabel, por los servicios del finado Pedro Cuevas, bastaban para el mantenimiento de los dos. En la misma calle había colgado su muestra un alfá jeme o barbero—buen oficio en aquellos tiempos, en que era de uso corriente llevar la cara rasurada, desde el rey hasta los últimos villanos—, el cual rapaba y afeitaba a la puerta de la casa, no decidiéndose a trabajar dentro de su tugurio más que en casos de lluvia. Todos los desocupados del barrio acudían a este lugar de información y esparcimiento. Sentados en los poyos de las puertas cercanas o en taburetes rústicos, conversaban entre ellos. Otras veces mantenían diálogos con el alfá jeme o con el parroquiano que ocupaba la gran cadira de palo, el cual sólo podía hablar a través de las vedijas blancas de su cara enjabonada. Siempre había algún punteador de vihuela que acompañaba con armonioso temblor de cuerdas el susurro de las conversaciones. Hablaban de la conquista de Granada, la gran empresa de aquella época; de la rebeldía de algunos señores de Galicia, últimos sostenedores de la influencia feudal; de los tratos de don Fernando de Aragón con el monarca de Francia, alabando las habilidades de su propio rey, tan sabedor de astucias diplomáticas como de cosas de la guerra. En las horas del atardecer alguien cantaba los últimos tróveles y versetes puestos en boga; otros escuchaban el relato de milagros recientes de santos, o lamentosas historias de cautivos en poder de moros, los cuales preferían morir antes que renegar de su fe en Cristo. No pasaba mes sin que se enterasen igualmente, con indignación y horror, del último crimen sacrílego cometido por los judíos, siempre muy lejos, al otro lado de España: raptos de niños cristianos para crucificarlos en secreto, remedando con dicho suplicio la muerte de nuestro Redentor. El sacristán de una iglesia inmediata, hombre de ciertas

letras, que sabía leer con la misma entonación majestuosa de un clérigo que dice su misa, obsequiaba algunas veces a la reunión trayendo una historia manuscrita: las aventuras del señor Arnadí de Gaula y otros caballeros, que conquistaban ínsulas, ponían en libertad a princesas encantadas y combatían con gigantes, dragones y otros seres infernales poseedores del diabólico poder. Los golpes de espada y lanza se repetían a cada página, echando abajo escuadrones enteros, y el hijo de Pero Cuevas escuchaba tales maravillas con los ojos muy abiertos, temblándole de emoción las añas de la nariz. Otro tanto haría él si Dios y su buena fortuna le daban las fuerzas necesarias. Malo era que la guerra con los moros estuviese ya por terminar; pero sobre los mares seguirían buscándose los hombres para reñir, y más allá de la mar Océana existían tierras de misterio, la del Preste Juan de las Indias y otros monarcas que eran paganos, con ciudades inmensas, palacios chapados de oro y enormes bestias llamadas marfiles o elefantes de trompa movable, dientes largos y curvos, patas redondas y una torre sobre el lomo llena de flecheros. ¡Que el Señor le plugiese llevarlo a estas tierras donde un buen cristiano puede conseguir mayor fortuna combatiendo que su padre, el pobre escudero muerto por los moros granadinos, y él se encargaría de hacer lo demás! El segundo placer de su adolescencia era hablar con Lucero, hija de don Isaac Cohén. Cerca de su casa estaba el barrio habitado por los judíos. Segur había oído contar Fernando—mucho antes de su nacimiento, cuando tal vez sus abuelos eran jóvenes—, estas gentes habían sido atropelladas y despojadas repetidas veces por los cristianos, a imitación de lo que ocurría en Córdoba y otras ciudades más lejanas. La mayor parte de las familias judías, para vivir seguras, habían acabado por aceptar el bautismo, recibiendo sus individuos el nombre de cristianos nuevos o conversos. Otros, los menos, se mantenían fieles a su creencia con la tenacidad de los mártires, Don Isaac era uno de ellos. Mostrábase humilde y conciliador con los enemigos más encarnizados, acogía las Injurias sonriendo, sus palabras eran siempre dulzonas; pero esta modestia ocultaba una voluntad irreducible en materias de fe. Necesitaba creer lo que habían creído sus padres, sus abuelos, las numerosas generaciones de judíos que, según tradición guardada en las Aljamas, habitaban la tierra española dos mil años, mucho antes que existiese el cristianismo. Siendo el más rico de los suyos en Andújar, socorría a los judíos pobres con sus dineros y a todos los de su ley con palabras de entusiasmo en los momentos de persecución. Para los cristianos viejos resultaba un hombre providencial cuando éstos se veían en apuros monetarios pues siempre se mostraba pronto a concederles un préstamo si le ofrecían por él prendas suficientes. Luego, era el usurero odiado, el hombre que venía inoportunamente a reclamar su plata y a quien deseaban todos una pronta muerte para borrar de tal modo su deuda. Fernando Cuevas había ido en su infancia, como tantos otros chicuelos de la ciudad, a gritar insultos ante las casas de los judíos. Recordaba igualmente haber arrojado piedras desde lejos contra don Isaac Cohén y los principales personajes de la Aljama, todos hombres adinerados y de oculta influencia sobre la vida comercial de la población. Esto no era un obstáculo para que se mezclase luego en sus juegos con los muchachos del barrio de los judíos y con otros que habitaban el barrio de la Morería, apodados mudéjares. En todas las ciudades de entonces existían españoles de religión judaica y españoles mahometanos, que por los avances de la conquista cristiana habían quedado bajo el poder de los monarcas de Castilla y Aragón, manteniéndose fieles a sus antiguas creencias religiosas y sus costumbres tradicionales. Un nuevo pueblo había venido a aumentar recientemente esta heterogeneidad nacional, el de los gitanos o egipcíacos, entrados en España pocos años antes. Gente movediza, parlanchina y ladrona, afirmaba proceder de Egipto, viéndose condenada a vagar por el mundo, como el judío errante, por haber negado auxilio a la Virgen cuando huyó ésta con el pequeño Jesús a las riberas del Nilo. En realidad, procedían de un pueblo del norte de la India que había sido removido por las asoladoras invasiones de Tamerlán, como una piedra que salta de su alvéolo, viéndose arrojado a través de toda Europa, hasta que se detuvo en las costas de España, no pudiendo ir ya más lejos. La chiquillería de la ciudad visitaba campamentos de estas gentes en las afueras, admirando sus industrias de nómadas martilleadores del cobre, sus bodas consagradas por la tradicional rotura del cántaro, sus reinas morenas, de ojos ardientes, vestidas de oropelas, con una gran corona de dorado cartón. Otra de las diversiones de los muchachos era ver bailar a los osos que traían los llamados alemanes, húngaros en realidad, los cuales iban hacia la rica Sevilla o se encaminaban al real de Santa Fe para recreo de la muchedumbre soldadesca que mantenía el sitio de Granada. Pasaban con frecuencia señores a caballo procedentes del campamento de los reyes, llevando detrás de ellos a sus escuderos armados y a numerosos domésticos vistiendo trajes de color siena, con listas horizontales rojas. Todos los villanos, labradores o menestrales, usaban de modo uniforme una veste de verde oscuro hasta las rodillas, cuello de camisa grande y vuelto sobre los hombros, cabello corto con tufos sobre las sienas, calzas negras y cinturón de cuero. Ningún judío era esclavo. En cambio, no había señor que no comprase para su servicio un moro, una mora o un morezno. Atropellaban siempre en sus juegos los muchachos cristianos a los hijos de moros y judíos. Los que eran de familia de conversos o cristianos nuevos, para hacer olvidar su origen, obedecían en todo a los dominadores, que extremaban sus violencias contra los caídos. No quería acordarse Fernando de las muchas veces que había tirado de

las trenzas a la hija menor de don Isaac, haciéndola correr despavorida hasta la puerta de su casa. Luego, la timidez de Lucero, el terror de bestezuela dulce que mostraba al verlo, habían acabado por transformar los sentimientos del muchacho cuando ya contaba catorce años. Repentinamente se mostró protector de la hija de Cohén, aporreando a todos los camaradas que intentaban ofenderla. Rondó la casa del Israelita, esperando que Lucero asomase su rostro pálido, de grandes ojos, a uno de los contados ventanucos con reja, únicos respiraderos exteriores de aquel edificio, cuya puerta era semejante a la de un castillo por su espesor y sus herrajes. La hija de don Isaac empezó a interesarse a su vez por el hijo del escudero, y pareció que en adelante la única razón de su existencia fuese inventar pretextos para salir de la casa y hablar con él. Una voluntad igual a la del padre fue formándose detrás de su exterior encogido y servil, herencia de innumerables generaciones vilipendiadas y perseguidas. Fernando estaba seguro de que un día—sin que supiese cómo podría ello realizarse—Lucero iba a ser su mujer, yéndose juntos por el mundo para conquistar señorío y fortuna. Y dejaba transcurrir el tiempo sin hacer nada, mantenido pobremente por su madre, vigilado de lejos por don Isaac, varón astuto que había empezado a darse cuenta de las asiduidades de este joven cristiano con su hija menor. Algunas veces al cruzarse con él en la calle, lo miraba disimuladamente con unos ojos que adquirían el brillo del oro, mientras le temblaban sus barbillas de pelo entrecano. Durante el sitio de Granada el judío de Andújar ayudó a los reyes, como muchos otros de su religión, con donativos voluntarios, contribuyendo, además, al avituallamiento del ejército cristiano. Don Abrahán Señor, el más rico de los israelitas españoles, cuya fortuna se calculaba en docenas y docenas de cientos o millones, y que tenía arrendado a los monarcas el cobro de las contribuciones de Castilla, recomendaba a todos sus correligionarios un esfuerzo, en préstamos y servicios, para hacerse agradables a los monarcas. Mas una vez entrados éstos en Granada, la enemistad que latía oculta varios siglos, manifestándose de tarde en tarde con matanzas populares de judíos, estalló repentinamente. Dos meses antes había ocurrido lo que tanto temían muchos varones prudentes de las Aljamas. Los futuros Reyes Católicos, después de vencer a los moros, deseaban librarse igualmente de los judíos. Todos los españoles debían tener en adelante la misma religión. Los judíos que no quisieran hacerse cristianos debían abandonar el reino en el término de tres meses. Numerosos predicadores iban de ciudad en ciudad lanzando sermones para conseguir que los habitantes de las Juderías pidiesen el bautismo y abjurasen de su herética parvedad, único medio de evitar la expulsión. Muchos renegaban de sus creencias tradicionales para continuar en el disfrute de sus casas y las tierras propias. Otros se mantenían fieles a la antigua ley. Cuantos ricos figuraban en las Aljamas protegían con su dinero a los pobres. Mostraban los rabinos una exaltación profética, semejante a la de los caudillos que habían guiado al pueblo de Israel en su éxodo. Todos parecían cansados de las persecuciones sufridas sobre aquella tierra durante diez siglos. Mucho la amaban; pero era preferible salir de ella para siempre. Hacían memoria de los Faraones y de la esclavitud que habían impuesto al pueblo elegido por Dios. La España cristiana era el antiguo Egipto, y ellos debían abandonarla, seguros de que Jehová protegería su caravana a través del mundo entero, como había sostenido y guiado a las muchedumbres dirigidas por Moisés. Los cristianos viejos y muchos de los nuevos que se habían mezclado por casamiento con las familias del más puro origen español, acogían alegremente esta pragmática de los reyes imaginándose que la vida sería más fácil, el dinero más abundante, el trabajo más productivo, cuando la raza maldita desapareciese para siempre del suelo de España. Un canto popular se esparcía con rapidez por los reinos de Castilla y Aragón. Habían empezado por entonarlo juglares y ciegos guitarreros, y ahora lo cantaban en plazas, caminos y mesones las mujeres, los arrieros, los carros de niños: Ea, judíos, a enfardelar, que los reyes vos mandan que paséis la mar. No podían los expulsados llevarse con ellos moneda alguna de oro o plata, ni joyas, ni otra cosa que sus ropas. Las propiedades debían venderlas en el término de tres meses, y una raza odiada por su habilidad en los negocios tenía que dar, como dijo un cronista de la época «una casa por un asno y una viña por un poco de paño o lienzo». Tomaban sus precauciones las comunidades hebreas para esta huida general, ordenando que toda hembra mayor de doce años se casase inmediatamente : así iría a sombra y compañía de marido que la apoyase y defendiese, y los padres quedarían más desembarazados para el viaje. Tal disposición alarmó a los dos jóvenes de Andújar más que el edicto dado por los reyes. La expulsión era algo futuro, quedaba aún para su cumplimiento un plazo de varias semanas, tal vez los monarcas se arrepintiesen en el último momento. El matrimonio ordenado por la Aljama era urgente. Don Isaac había llevado a su casa varios jóvenes israelitas recomendando a Lucero y a dos de sus hermanas, que eran de anteriores matrimonios, los méritos de estos pretendientes para realizar unas bodas inmediatas. Hasta se había presentado a don Isaac un hidalgo cristiano, antiguo criado de los reyes, proponiéndole casarse con Lucero, medio seguro de evitar a la joven su salida de España. Cohén no había querido escuchar tal proposición, pues su hija, para casarse, tendría que pedir antes el bautismo. Y lo raro del caso para el personaje judío fue que Débora, su esposa, encontrase aceptable tal matrimonio. Cuevas, ignorante hasta entonces de otras aventuras que no fuesen las leídas o recitadas, sacudió la inercia de su vida sin incidentes ni otro horizonte que el de

su ciudad. La hija de Cohén sintió nacer en su interior una intrepidez semejante a la que habían mostrado muchas veces las hembras de su raza en momentos decisivos. La mujer debe seguir a su marido ciegamente, y ella no podía ser esposa de otro hombre que Fernando. Sufrió pensando en su padre, que siempre la había tratado con el amor predilecto y tiernamente senil que inspira una hija menor. Aún le causaba mayor pesadumbre abandonar a su madre, la hermosa e indolente Débora, todavía joven, tercera esposa de don Isaac, que no había tenido otra hija que Lucero. Esta madre, que la amaba tanto, representó de pronto para la joven un verdadero peligro. Débora le aconsejaba que se dejase raptar por el hidalgo cristiano que se había presentado a don Isaac pidiendo casarse con ella. La madre aceptaba que este hombre, más conocido por el apodo de el Repostero Real que por su verdadero nombre, era de aspecto poco simpático, pero añadía que era conveniente seguirlo, pues sólo deseaba librarla, del decreto de expulsión. Lucero se vio amenazada de un doble peligro. De continuar en la casa paterna, don Isaac la casaría con cualquiera de aquellos jóvenes judíos que se habían presentado como pretendientes. Si se confiaba a su madre Débora, ésta ayudaría al llamado Repostero a que la raptase. Era mejor seguir las sugerencias de Fernando. Este también consideraba difícil su situación en Andújar. El Repostero se había fijado en él, considerándolo un estorbo para sus planes. Hasta tuvo sospecha Cuevas de que iba a utilizar su influencia con las autoridades de la ciudad para que con cualquier pretexto lo metiesen en la cárcel. Además, un día este hidalgo atrevido, al encontrarlo cerca de la casa de don Isaac, pretendió infundirle miedo, amenazándolo con darle de palos. Mas tales amenazas resultaban peligrosas con un mozo belicoso como lo era Cuevas. Y dando unos pasos atrás, agarró una piedra del suelo, arrojándola a la cabeza del antipático hidalgo y echando a correr inmediatamente, antes que la gente acudiese a los gritos del Repostero Real, aturdido por la inesperada agresión. Después de esto, Lucero y Fernando decidieron huir, y dos días antes se habían fugado de Andújar. Cuevas le dio su único traje de recambio para que se disfrazase de muchacho. Lucero era casi tan alta como él. En su gracilidad de adolescente bien espigada, apenas si llegaban a marcarse las amenidades de su belleza mujeril, lo que le permitía fingirse mancebo. Vestidos así, les era más fácil marchar por los caminos. Además, necesitaban ocultar el origen de ella, teniendo la hostilidad de los cristianos viejos y las penas consignadas en el edicto de expulsión. Fernando quiso en el primer momento emprender el camino más corto para ir a Córdoba, siguiendo el curso del Guadalquivir. Luego prefirió, ciertas pistas sólo frecuentadas por los ganaderos de la Mesta, evitando de este modo el encuentro con viandantes excesivamente curiosos. Durmieron la primera noche en un hato de pastores, haciéndose pasar por hermanos que habían quedado huérfanos e iban a ponerse bajo el amparo de unos tíos residentes en Córdoba. El día siguiente lo pasaron caminando, sin ver más que algunos viajeros que les inquietaron por su aspecto, lo que les hizo esquivar su compañía. Los reyes don Fernando y doña Isabel habían creado años antes la Santa Hermandad, corporación militar que vigilaba los caminos y en fuerza de crueles represiones iba extinguiendo el bandidaje. Las gentes ya se atrevían a viajar solas; pero aún quedaban golfinos, nombre dado a ciertos bandidos que durante siglos habían aprovechado las interminables guerras entre moros y cristianos y las discordias civiles asoladoras del país. Viéronse caídos los dos jóvenes en una vida muy distinta a la que habían llevado en su tranquila ciudad. Encontraron un cadáver atado a una encina con el pecho erizado de saetas, igual a la imagen de San Sebastián tal como la habían visto en las iglesias. Era un facineroso ejecutado por los cuadrilleros de la Santa Hermandad. Estos podían ajusticiar a flechazos a todo criminal en el momento de aprehenderlo. El estado anárquico en que los citados reyes habían encontrado el país aconsejaba dicha justicia expeditiva. Temblaban los dos fugitivos de encontrar a la Santa Hermandad tanto como a los bandoleros, y por dos veces se escondieron entre jaras al ver desde muy lejos las calzas rojas, los sayos blancos y los birretes morados de algunas parejas de cuadrilleros con la ballesta al hombro y la corta espada al cinto. Se extraviaron en varias encrucijadas, teniendo que desandar repetidas veces su camino. Así llegó la noche, y durmieron en campo raso. Quejábase Lucero, haciendo esfuerzos por contener sus lágrimas. Sólo había conocido hasta entonces la vida muelle, casi claustral, de las judías y las moras. Salía poco de casa e ignoraba los ejercicios violentos. Sus pies delicados le hacían sufrir agudísimos dolores después de esta marcha extraordinaria. Durmieron abrazados el uno al otro, sumidos en un sueño que parecía de plomo por su pesadez. Abrumados de fatiga y algo hambrientos, ningún deseo voluptuoso turbó este contacto fraternal. Quedaba muy poco de los víveres que Fernando había sacado de su casa. Al romper el día reanudaron su marcha trabajosamente. Lucero hacía esfuerzos de voluntad para seguir adelante. Cuevas pretendía distraerla imitando el canto de los pájaros posados en los matorrales. Luego arrojaba piedras a los cuervos y silbaba a los toros, que levantaban excitados su testuz como si fuesen a acometer y no viendo a nadie, por haberse ocultado los dos jóvenes, volvían el hocico al suelo para seguir mordiscando la hierba. Había cortado Fernando una gruesa rama para él y una vara más ligera que servía de bastón a Lucero. Ocultó el resultado de una pregunta que hizo a un peregrino encontrado pocas horas después, para no desalentar a su compañera. Se habían extraviado desde el día anterior, viniendo a parar al camino seguido por los que iban de Granada a Córdoba.

Antes de mediodía comieron su último pedazo de pan. En realidad, lo comió Lucero, pues el joven, desde el día antes, fingía, con diversos pretextos, tomar parte en las frugales comidas, procurando al mismo tiempo que todo quedase para ella... Y dos horas después la hija de don Isaac se dejó caer, no pudiendo continuar la marcha. Acabó Fernando por sentarse en el suelo, levantando la cabeza de la desmayada para apoyarla en sus rodillas. Miró con angustia a un extremo y otro del camino. Este se elevaba por un lado, salvando un altozano, y se hundía, por el opuesto, en un barranco... ¡Nadie! La soledad despertó su fe religiosa, impetrando mentalmente a la Virgen de Guadalupe, que era entonces la imagen más milagrosa de España. —¡Gran Señora! Haz que alguien venga en nuestra ayuda. Momentos después se dio cuenta de que ya no estaban solos. Adivinó la proximidad de otros viajeros antes de verlos. Por la parte baja del camino asomó una cabeza de hombre, la cual fue subiendo y subiendo, hasta mostrarse el resto de su cuerpo montado en una mula. Y cuando estaba en mitad de tal aparición fue surgiendo detrás de él, otro hombre, subido en una caballería de peor estampa. Era, sin duda, un caballero seguido de su criado. Montaba en mula como todas las gentes adineradas de aquella época cuando iban de viaje. Resultaba más cómoda que el caballo reservándose esta última cabalgadura para la guerra y para el interior de las ciudades. Lo tuvo Fernando por persona de calidad al fijarse en su indumento. Llevaba gorra de felpudo con cuchilladas de seda roja. Vestía un tabardo de paño verde (gabán con capucha caída, que los moros granadinos habían puesto de moda entre los cristianos), y por debajo de las haldas asomaban sus piernas con calzas azules, rematadas por borceguíes rojos de cuero de Córdoba. Pendía de su cinto una espada ancha y algo más corta que la de los guerreros de las huestes reales. Esta clase de espadas había oído Fernando, a los buenos conocedores de armas, que era de uso entre los capitanes del mar. El hombre que lo acompañaba parecía por su traje y su gesto un rústico del país, tal vez algún arriero alquilón que se había encargado de los fardos de su equipaje, llevándolos sobre un macho huesudo y flaco, que al mismo tiempo le servía a él de cabalgadura. Dio un respingo la mula del señor al llegar junto a los dos jóvenes, y su jinete la contuvo, tirando de sus riendas hasta dejarla inmóvil. Luego, con voz tranquila y ademanes aseñorados, preguntó a Fernando si su compañero, que permanecía inánime, estaba enfermo o muerto. A pesar de sus preocupaciones, se fijó el joven en el rostro del recién llegado como si presintiera que este encuentro iba a influir en su vida futura. Parecía sobre su animal, más bien alto que mediano, de recios miembros, los ojos vivos y muy blancos, las pupilas garzas, la cara algo encendida y pecosa, la nariz aguileña, las mejillas rasuradas y el cabello muy bermejo. Pero la mayor parte de sus guedejas se habían ya tornado blancas contrastando este color de senilidad con la expresión de confianza en las propias fuerzas que parecía emanar de toda su persona. Al mismo tiempo que examinaba las facciones de este hombre, cuya aparición creía providencial, fue explicando con voz balluciente cómo su compañero había desfallecido de cansancio y de hambre. No tenían pan; no tenían vino. —¡Por San Fernando!— interrumpió el aseñorado jinete—. No dejaré que muera de necesidad tan gentil mancebo, ahora que Dios empieza a acordarse de mí. Y obedeciendo sus órdenes, echó pie a tierra el rústico servidor para descolgar de la enjalma de su macho una bota de vino bien repleta. Luego fue sacando de una taleguilla puesta detrás, media hogaza de pan, un pedazo de queso, duro y aceitoso, que fue cortando en rebanadas, y un cabo de longaniza. Comió ávidamente Fernando pues la vista de tales alimentos exacerbó el hambre que venía sufriendo desde el día anterior. Para ello se puso en pie, colocando otra vez la cabeza de su acompañante sobre el blando zurrón. Esto hizo abrir los ojos a Lucero quien pareció reanimarse en presencia de los dos hombres desconocidos. Con voz reposada y al mismo tiempo enérgica, voz predisuelta a mandar, la invitó el señor a que comiese y bebiese, y ella obedeció, como si le fuera imposible resistirse a tales órdenes, haciendo esfuerzos para contener sus náuseas. Mientras se alimentaban los dos jóvenes, el jinete del tabardo verde continuó haciendo preguntas a Fernando, por ser el único que podía contestarle. —¿Acaso es hermanico tuyo?... Movié la cabeza afirmativamente el hijo del escudero, al mismo tiempo que contestaba de un modo evasivo. —Es lo que más quiero en el mundo. A mi padre lo mataron los moros, y ahora vamos a Córdoba para meternos de criados donde podamos. —¿Eres cristiano viejo?...—volvió a preguntar. Y como se refería a él solo, contestó el mozo con energía: —Cristiano viejo, para servir a Dios. Mi nombre es Fernando Cuevas. —¿Y tu hermanico? Vaciló un momento nada más, y acordándose del nombre de un amigo suyo de Andújar, repuso: —Se llama Pedro Salcedo... Mas en nuestra casa todos le decimos Lucero. Esta disparidad de nombres tratándose de hermanos, no provocó extrañeza en el jinete. Era común en aquellos tiempos que cada cual escogiese entre los apellidos de sus ascendientes el que le halagase más por su eufonía o su valor nobiliario. El primero de los guerreros de la época, Gonzalo Fernández, que años después debía ser apellidado en Italia el Gran Capitán, había escogido dichos nombres, mientras su hermano mayor se llamaba don Alonso de Aguilar. Sólo un siglo después se reglamentó en el Concilio de Trento el orden en el uso de los apellidos. Quedó silencioso unos momentos el señor, apoyando su mandíbula en el pecho. Luego añadió resueltamente: —De Dios a vos os digo, mancebo, que puesto que buscáis amo, yo lo seré vuestro... ¿Visteis alguna vez la mar? Fernando movió

negativamente la cabeza, añadiendo con cierto entusiasmo que no tenía en su vida deseo mayor. El y su hermano Lucero deseaban ver nuevas tierras, y ningún amo podía convenir mejor a sus gustos que uno que corriese el mundo. Ordenó el caballero a su rústico servidor que ayudase a Cuevas a levantar del suelo al caído, subiéndolo al macho portador de su equipaje. Dicho acompañante era un trajinero de Córdoba, al que había encontrado en Granada, tomándolo a su servicio. El se encargaría de sostener al llamado Lucero, llevándolo a horcadas en la parte delantera de la enjalma. Fernando montaría en la grupa de su propia mula, agarrándose al talle para ir mejor. —Pareces mancebo despierto y bien desimpedido de pies y manos. Así me place. De esta forma emprendieron la marcha y el caballero siguió diciendo, como si repitese inconscientemente en alta voz lo que iba pensando. —Mercaremos en Córdoba una bestezuela para que os lleve a vosotros dos, y así seguiremos hasta la mar. Allí cambiaremos de cabalgadura. Nuestros caballos serán de palo. Hubo un largo silencio. Solamente lo cortaba el ruido de las ocho patas hundiéndose en el polvo rojizo y resbalando sobre algún guijarro suelto. Fernando Cuevas, deseoso de afirmar sus relaciones con este benefactor desconocido en cuya espalda iba apoyado, le preguntó con voz respetuosa: — Señor y amo mío, ¿cómo debo llamar a vuestra merced? Volvió el rostro el jinete para mirarlo sonriendo, con una expresión en los ojos gloriosa y triunfante. Llevaba dentro de él tan gran contento, que necesitó mostrar su vanidad ante este vagabundo encontrado en un camino. —En Córdoba, adonde vamos, me conocen con diversos nombres. Para algunos fui capitán, para otros simple maestro. Muchos me llamaban “El hombre de la capa raída”. Ahora los reyes han mandado que todos me den tratamiento de don... Llámame don Cristóbal. Cuando lleguemos a la mar me llamarás de otro modo. Capítulo Segundo .- El físico Gabriel de Acosta. Muchos físicos o médicos había en Córdoba; algunos, francamente judíos; los más, cristianos nuevos, como si los secretos de la ciencia de curar fuesen un monopolio de su raza. De todos ellos ninguno tan célebre como Gabriel de Acosta, al que designaban las gentes simplemente con el título de el Doctor, cual si después de esto resultase innecesario añadir su nombre. Gabriel de Acosta era el doctor por antonomasia. Los demás médicos resultaban astros opacos girando en torno al sol de su sapiencia. Aún parecía joven, estando más allá de los cuarenta años. Era moreno, algo carnudo, de ojos negros y pelo retinto, en el que empezaban a marcarse las primeras canas. Tenía un aspecto aseñorado y majestuoso contribuyendo a ello el uso constante de ropas largas, ricas y siempre oscuras, que parecían aumentar su autoridad doctoral. El hecho de llamarle los reyes como médico siempre que vivían en Córdoba, a pesar de que tenían muy renombrados físicos en su Corte, había aumentado enormemente el prestigio y las ganancias del sabio converso. Nobles señores y mercaderes opulentos reclamaban desde lejos su asistencia en casos de enfermedad grave, haciéndole emprender viajes sin reparar en gastos. Era ya rico, y seguro de que no disminuirían sus ingresos, gastaba con prodigalidad la mayor parte de sus ganancias. Tenía en Córdoba casa vasta y cómoda, casi un palacio, de cuyo lujo se hacían lenguas los vecinos. Una de sus mayores salas estaba llena de libros, cerca de dos mil entre manuscritos y volúmenes de estampa, cantidad enorme para aquella época. En sus viajes había llegado hasta Roma, visitando a don Rodrigo de Borja, el llamado cardenal de Valencia, que un día u otro iba a ser elegido Papa como su difunto tío Calixto Tercero. El doctor Acosta lo había conocido muchos años antes, siendo él todavía mozo, cuando el cardenal Borja vino a España como legado pontificio para dar tardíamente la dispensa marital a los reyes Fernando e Isabel, que ya se habían casado, y el capelo rojo al célebre don Pedro de Mendoza, favorito y consejero de los monarcas. Numerosos recuerdos de su viaje a Italia, telas, esmaltes, cuadros, adornaban las otras piezas de la casa. Además, como testimonio de gratitud de varios navegantes a los que había asistido sin admitir su dinero guardaba recuerdos exóticos traídos por ellos de las costas de Guinea: abanicos de plumas de avestruz, una piel de león, ídolos grotescos labrados en maderas negras y charoladas dos grandes colmillos de elefante. Su manera de vivir igualaba en opulencia y largueza al adorno de su casa. La mesa y la cama del doctor eran objeto de admiración para muchas gentes que se consideraban en un rango social muy por encima del suyo. La esposa de Acosta recibía a otras damas de Córdoba en varios salones cuyos estrados estaban cubiertos de ricos cojines moriscos que servían de asientos. El lecho del doctor era monumental, con gruesos colchones de damasco y almabraques rellenos de finísima pluma. Esta opulencia, francamente ostentada, no le había creado enemistades. La misma gente popular, que aborrecía a los judíos por sus riquezas y a los mercaderes genoveses, flamencos y alemanes por los enormes negocios realizados en el país, apreciaba simpáticamente la lujosa existencia del doctor como si gozase una parte de sus comodidades. Tenía la mano siempre pronta para el regalo, daba su ciencia gratuitamente a los pobres, se contaban de él curas maravillosas, proporcionándole todo esto un respeto admirativo semejante al que rodea a los taumaturgos. La chiquillería de la calle, que ensuciaba con palabras insultantes las fachadas de las viviendas de los conversos, jamás había escrito la palabra marrano en las paredes blancas de la casa del doctor. Y, sin embargo, Gabriel Acosta merecía como los otros este apodo, con el cual designaban a los judíos convertidos al cristianismo. Era un marrano cuyos abuelos se habían bautizado menos de cien años antes, a fines del siglo Catorce, en el momento de la gran

matanza de judíos, para librar de este modo sus vidas y sus haciendas. Tomaron el apellido Acosta, como otros correligionarios residentes en España y Portugal, y después de este cambio religioso continuaron el ejercicio de su profesión. Siempre había existido en la familia un médico famoso. Los ascendientes con nombre rabínico vivieron en las cortes de Castilla, de Portugal y de Aragón dedicados al arte de curar. Ahora, en el siglo Quince, tres generaciones de doctores Acosta habían continuado como médicos la tradición de sus abuelos allegados a los monarcas. A pesar de sus antecedentes de familia, Gabriel de Acosta no inspiraba sospechas ni inquietudes al nuevo Tribunal de la Inquisición. Cumplía con Puntualidad sus obligaciones de cristiano; iba ostensiblemente todos los domingos a oír misa; rezaba el rosario en familia al cerrar la noche; no oponía el más leve reparo a las devociones de su esposa, la bella y honesta doña Mencía, descendiente de un largo linaje de cristianos viejos, gentes venidas siglos antes del norte de Castilla para la conquista de Andalucía a las órdenes del rey San Fernando. Doña Mencía era alta, abundante en carnes, con esa blancura algo linfática de las odaliscas y las monjas que muestra toda mujer de vida sedentaria acostumbrada a la reclusión. Admiraba a su doctor como hombre y como sabio. Le veía con un respeto casi supersticioso pasar horas y horas en la sala de los libros, sentado ante un volumen infolio, con la frente apoyada en una mano. En cambio, la honesta dama leía con dificultad y le temblaban los dedos cada vez que había de arrostrar el tormento de ir trazando lentamente el garabato de su firma. Dios no había querido darle hijos, y entretenía sus ocios inventando platos para el doctor; interviniendo en la vigilancia y buena marcha de la cocina, la despensa y el guarda ropa; bordando por las tardes, sentada en unos cojines de brocado, en compañía de dos esclavitas moras, muy hábiles en labores de aguja; asistiendo a todas las ceremonias en la catedral (la antigua Gran Mezquita), y en otras iglesias de la ciudad, que habían sido también originariamente templos de moros o de judíos. Malas lenguas le habían hecho conocer traiciones maritales del doctor, especialmente ciertos amoríos con una hermosa judía de Andújar; pero la matrona cristiana acabó por aceptar serenamente estos pequeños infortunios, aunque al principio la indignaron mucho. Los hombres eran así, y ella estaba segura de que Acosta la apreciaba más que a las otras. También el actual rey don Fernando amaba y respetaba sobre todas las mujeres a la reina doña Isabel, y cada vez que la guerra le hacía viajar solo, dejaba algún hijo bastardo en los lugares donde se aposentaba algún tiempo. Como los soldados y los médicos viven casi siempre fuera de su casa, es inútil que sus mujeres se preocupen de lo que hacen estando ausentes... Y en cuanto a tener amores con judías raro era el monarca que no había hecho como el doctor. Doña Mencía estaba enterada de que un príncipe, hermano natural de don Fernando, era hijo del difunto don Juan, rey de Aragón, y de una judía con la que vivió amancebado la mayor parte de su existencia. Los inquisidores no parecían muy seguros de la fe cristiana del célebre físico, pero se abstendían de molestarlo por estar convencidos de que jamás propagaría sus creencias íntimas. Sabían que no perduraba en su pensamiento la más leve afición a las ideas religiosas de sus abuelos. No había temor de que Acosta fuese en secreto judaizante. Los judíos le miraban con más animadversión que los cristianos, no porque fuese converso, pues en su caso se hallaban miles y miles de españoles. Si abominaban de él era por incrédulo, colocándolo su fanatismo muy por debajo de los cristianos. Las gentes de la Inquisición» lo consideraban un loco genial que tenía la prudencia de callar sus paradojas, y solamente de tarde en tarde las dejaba entrever en involuntarios chispazos. Como esto no resultaba peligroso, acaban por tolerarlo. ¿A quién podía seducir con sus ideas en aquellos tiempos de fe enérgica, cuando todo hombre estaba dispuesto a matar o morir por su religión, y no había nadie que no tuviese la suya?... Acosta era un escéptico curioso que veía pasar la vida con interés y al mismo tiempo con incredulidad y tolerancia. Hablaba de los dioses más que de Dios, imaginándose a la Humanidad con mayor dicha en los tiempos del paganismo que en el presente. Estudiaba a los sabios y los poetas de aquellos siglos remotos, creyendo que después de ellos el mundo sólo había vivido en la oscuridad y la barbarie. Era lo que empezaban a llamar en Italia un humanista. Su viaje a Roma le había hecho afirmarse en estas creencias adquiridas antes en los libros. Y como los llamados humanistas dominaban la Corte de los papas y la de muchos reyes, siendo llamados para maestros de los príncipes herederos, cuantos frailes y sacerdotes de Córdoba alardeaban de algunas letras se decían amigos del físico Acosta, reconociéndole una gran superioridad mental y tratándolo al mismo tiempo como un niño simpático, audaz y travieso que se permitía a solas atrevidos juegos con las cosas más dignas de respeto. Para ellos, lo importante era que no se mantuviese judío en secreto, que no se mudase de camisa en día de sábado y que comiera cerdo en público, como debe hacerlo un buen cristiano. Después de esto, todo lo que hablaba el doctor de los dioses paganos y de la antigua Grecia les parecía de poca importancia. Procuraba también Acosta en sus conversaciones mostrar un optimismo que esparcía en torno a su persona tranquilidad y un sereno regocijo. En todo momento hacía elogios de los dos reyes cuya historia se había desarrollado paralelamente a su propia historia. Recordaba cómo en más tierna mocedad había empezado la vida matrimonial de don Fernando y doña Isabel, cuando sólo eran príncipes herederos. Su existencia ofrecía aventuras de una novela. Castilla vivía en pleno desorden. La nobleza, acostumbrada a la revuelta y la guerra civil, medio seguro de

obtener ganancias, se había sublevado contra Enrique Cuarto. Este monarca artista, apodado por sus enemigos el impotente—a pesar de lo cual tuvo gran número de amantes—, sufría la influencia de sus tiempos, que fueron de transición, pasando de la rudeza de los siglos batalladores de la reconquista contra los moros a las gratas blanduras y recreos espirituales del llamado Renacimiento que se iniciaba en Italia. Era gran aficionado a la música, a los bailes, a las mujeres, al trato con los musulmanes, cuyas costumbres le parecían preferibles a las de los cristianos. Unas veces, tenía amores con altas damas de la Corte; otras, sentía la atracción de la Naturaleza sin aliño alguno con toda su agrisado y vigorosa hermosura, y seguido por un séquito de músicos, bufones, cantores, moriscos y soldaderas—que así se llamaban las mujeres a sueldo o meretrices— se iba de caza a los montes de alguna de sus posesiones reales, siendo estos viajes pretexto para ponerse en relación con las serranas, robustas campesinas de mejillas rojas y perfume bravío, cuyas macizas bellezas ensalzó un poeta de la época, el desenfadado sacerdote Juan Ruiz, arcipreste de Hita. Casado con la princesa doña Juana, nacida en Portugal y una de las damas más elegantes y cultas de su época, necesitaba, sin duda, por la atracción del contraste, tener amores con otras mujeres de manos duras acostumbradas a ordeñar vacas, domar potrillos y guiar a pedradas los rebaños. Con su esposa habían venido de Portugal algunas hermosas damas de la misma nacionalidad, las cuales adoptaban todos los refinamientos femeninos de su época, revolucionando la Corte de Castilla. De ellas aprendieron las matronas castellanas el uso de nuevos afeites y perfumes. A tal punto llegaron las precauciones de su refinamiento, que se pintaban las piernas de blanco desde donde terminaba la media negra hasta las partes más recónditas de su cuerpo. Era moda entonces que los caballeros llevasen a las damas sentadas en la grupa de sus corceles ayudándolas a bajar o subir, y como debajo de las ricas faldas con emblemas heráldicos bordados no llevaban más ropa interior que la camisa, fácilmente se revelaba una parte de sus secretos interiores al montar en la cabalgadura o descender de ella. Enrique Cuarto estaba en relaciones con doña Guiomar, una de estas damas que su esposa había traído de Portugal. Un día el arzobispo de Sevilla hizo sala en honor de los reyes, significando hacer sala que los invitó a una cena en su palacio episcopal. Y el rey se permitió en la mesa tales demostraciones de cariño con doña Guiomar, que su esposa doña Juana de Portugal se levantó para dar una bofetada a la amante, agarrándose luego del pelo las dos nobles señoras, con gran contento de don Enrique. Tuvo, al fin, la reina una hija y gran parte de la nobleza, que era enemiga de aquella y despreciaba al rey, declaró adulterina a la recién nacida, apodándola la Beltraneja, por suponerla hija de don Beltrán de la Cueva, un pobre hidalgo que vivía en intimidad con los reyes. Nuevas contiendas civiles. Unos, sostuvieron los derechos a la corona de la llamada Beltraneja; otros, se mostraron partidarios de que heredase el reino a la muerte del apodado Impotente su hermana doña Isabel, joven de talento natural y una energía reposada y firme, formándose en torno a ella un partido compuesto de todos los obispos, abades y grandes señores descontentos del rey y sus favoritos. El heredero de la corona de Aragón era entonces don Fernando, titulado rey de Sicilia. Su padre, don Juan Segundo, estaba casi ciego, y a pesar de esto y de su ancianidad, mostraba una energía indomable, combatiendo con los franceses en el Rosellón y haciendo frente a una gran parte de Cataluña sublevada. Su segunda esposa había hecho toda clase de males al príncipe de Viana, hijo del primer matrimonio de su esposo y heredero de la corona. La maternidad imperó en ella tal vez hasta el crimen. Quería que su hijo Fernando ocupase el lugar de su hijastro, y no cejó en sus intrigas y violencias hasta que se fue del mundo el príncipe de Viana. Este melancólico personaje, romántico por sus desgracias y sus gustos, dulce poeta rodeado de una corte de trovadores, atravesó la historia como un fantasma. Fernando fue soldado desde su niñez. Tardó en aprender a escribir porque las guerras sostenidas por su padre no le dejaron tiempo para atender a sus maestros. A los ocho años montó a caballo, viviendo entre guerreros; a los trece ya mandaba nominalmente ejércitos. Guerreó contra los catalanes enemigos de su dinastía. Al principio apoyó a los payeses de remensa, campesinos que se habían sublevado contra los señores feudales y los burgueses de Barcelona, sosteniendo una revolución semejante a la de las jacqueries en Francia. Luego atacó a los remensas cuando ensoberbecidos por momentáneos triunfos quisieron instaurar un régimen democrático. Era valeroso, calculador, astuto, guerrero incansable y complicado diplomático al mismo tiempo: el tipo más acabado de rey absoluto, tal como empezó a existir en aquella época en toda Europa, apoyándose en el pueblo para anular la nobleza y sometiendo a continuación el mismo pueblo al despotismo real como premio a sus esfuerzos desinteresados. Los castellanos partidarios de Isabel vieron en Fernando el marido más conveniente para su futura reina. Casándose estos dos herederos de coronas se unirían Castilla y Aragón, realizándose por primera vez la unidad de España. Además, este príncipe, soldado desde su cuna, con recia voluntad y hábil siempre en sus cálculos, era el hombre que necesitaba Isabel para vencer a sus numerosos enemigos. Un escritor, judío converso, el cronista Alonso de Palencia, servía de intermediario entre ambos. —Estorbaban dicho matrimonio los amigos de Enrique Cuarto vigilando a los dos jóvenes para impedir una entrevista. Ni Isabel podía pasar a Aragón ni a Fernando le era fácil salvar la frontera de Castilla sin verse preso inmediatamente. Al fin, se casaron lo mismo que dos personajes de

novela, gracias a los manejos del eternamente revoltoso don Pedro Carrillo, arzobispo de Toledo, que era el partidario más importante de Isabel. Vestido de mozo de mulas, entró Fernando en Castilla por caminos extraviados, sirviendo aparentemente a cuatro caballeros que, a su vez, se habían disfrazado de mercaderes. En una casa de Valladolid se efectuó la primera entrevista entre el falso arriero y la hermana del rey de Castilla, que vivía aparte, desterrada de la Corte, en ocultas relaciones con sus partidarios. Como entre los dos príncipes existía parentesco, por ser Fernando descendiente de la familia real de Castilla, se necesitaba dispensa papal para casarlos, y el Pontífice Paulo Segundo se negaba a darla por complacer a la Corte de Enrique Cuarto y al rey de Portugal, que sostenía los derechos de su sobrina la Beltraneja. Pero el revoltoso arzobispo de Toledo no era capaz de asustarse. Como Príncipe de la Iglesia, trataba con excesiva familiaridad los asuntos eclesiásticos y falsificó una licencia papal para casar a los dos príncipes. Tal vez tuvieron noticia de esta falsificación los que años después fueron llamados Reyes Católicos. Bien pudo ser igualmente que sólo el arzobispo Carrillo estuviese enterado de dicho fingimiento. Lo cierto es que doña Isabel pasó los primeros tiempos de matrimonio amargada por sus escrúpulos devotos, creyéndose en estado de amancebamiento por no ser su matrimonio válido con arreglo a las prescripciones de la Iglesia, y sólo se tranquilizó cuando años después vino a España como legado del Papa el cardenal Rodrigo de Borja—el futuro Alejandro Sexto—para traer la dispensa papal que legalizase dicho matrimonio, cuando ya la reina había tenido una hija. También trajo el capelo rojo para el entonces obispo de Sigüenza don Pedro de Mendoza, llamado después el Gran Cardenal de España, llegando a disfrutar éste de tal autoridad como consejero de los dos monarcas, que muchos le llamaron el tercer rey. El arzobispo Carrillo, irritable y dominador por su carácter, había abandonado a los príncipes al poco tiempo de casarlos. Los trataba como si fuesen hijos suyos. Eran tan pobres en el momento de su matrimonio, que el prelado pagaba todos sus gastos y los mantenía en Alcalá de Henares en uno de sus palacios. Pero a cambio de tal protección, que no le costaba ningún esfuerzo por ser uno de los hombres más ricos de España, exigía a los dos príncipes una supeditación absoluta, haciéndolo todo en su nombre, sin previa consulta, actuando como si él fuese en realidad el pretendiente a la corona de Castilla. Ambos cónyuges no eran para sufrir largo tiempo tan penosa protección; el arzobispo tampoco podía aguantar objeciones a sus consejos, y no tardó en ocurrir el inevitable rompimiento. Carrillo se creía invencible. Aquel matrimonio, por ser obra suya, podía deshacerlo cuando él quisiera. Tal fue su orgullo que no quiso admitir las explicaciones de doña Isabel para un arreglo. —Yo saqué a Isabelica —dijo- de hilar la rueca al lado de su madre, y la volveré allá para que siga hilando. Pero Isabelica había crecido mucho; ya no era la doncella tímida que vivía oscurecida, al lado de una madre medio demente en una población de Castilla, del que la habían sacado los enemigos de su hermano el rey. Además contaba ahora con Fernando acostumbrado desde su niñez a no temer a nadie y a intervenir en las más arriesgadas aventuras. Como los dos príncipes necesitaban un consejero eclesiástico, príncipe de la Iglesia, por ser los de tal categoría poseedores del dinero y la influencia en aquella época, reemplazaron a su antiguo protector con el obispo de Sigüenza, que luego fue el cardenal Mendoza. Este prócer, poseedor de grandes riquezas, vivía licenciosamente, al modo laico, como su amigo Rodrigo Borja, futuro Papa, y tenía, lo mismo que éste, varios hijos reconocidos, los cuales eran designados públicamente con el apodo de los bellos pecados del cardenal. Admiraba el doctor Acosta los caminos extraviados y oscuros por los que se llega muchas veces a las salas luminosas de la celebridad. En 1492 podía abarcar mentalmente todo lo mejor que llevaban hecho estos reyes. Habían restablecido el orden, creando al mismo tiempo la unidad nacional; habían dado fin a la obra larguísima de la Reconquista con el vencimiento de los reyes moros de Granada; y, sin embargo, su origen no podía ser más oscuro y hasta ilegítimo. Ninguno de los dos había nacido para rey. Fernando tenía en los comienzos de su historia la muerte del príncipe de Viana, casi un asesinato que le había proporcionado la corona perteneciente a su hermanastro. Era esto obra de su madre; él se hallaba aún en la niñez cuando ocurrieron tales sucesos, mas no por ello quedaba completamente limpio el origen de su poder. La ilegalidad de la corona de doña Isabel aún era más visible para muchos. Apoyada por una fracción importante de la nobleza, había usurpado el trono que por herencia directa pertenecía a su sobrina. Un secreto de alcoba era el vergonzoso pretexto que justificaba su realeza. Su hermano, tan dado a los amoríos, había tenido una hija, y que ésta fuese adulterina sólo pasaba por hecho indiscutible entre los defensores de Isabel. Otra parte de los nobles, al morir Enrique Cuarto sostenía en los campos de batalla los derechos de la llamada Beltraneja. El rey Alfonso Quinto de Portugal, por interés de la familia y al mismo tiempo con la esperanza de ceñirse la corona de Castilla, sustentaba la legitimidad de la Beltraneja, casándose con esta sobrina suya a pesar de la consanguinidad y de la enorme diferencia de años existente entre los dos. Es muy probable que Isabel no habría triunfado en sus pretensiones de no tener a Fernando a su lado; pero este hombre, infatigable para la intriga y para la guerra, hizo frente a todo. El antiguo soldado de Cataluña y del Rosellón marchó al encuentro del monarca portugués y los partidarios castellanos de la Beltraneja con fuerzas muy inferiores, pero supo contemporizar, aguardando el momento oportuno, y en la batalla de

Toro avanzó el primero con la espada en alto, gritando a los partidarios de su esposa: «¡Seguid hasta la muerte a vuestro rey!» Así deshizo a sus enemigos, afirmando para siempre los derechos de Isabel legitimados por la victoria. Los asuntos de la corona de Aragón los abandonó para ocuparse con preferencia de los de Castilla. Dejó para más adelante la guerra con el rey de Francia, quien se negaba a devolverle Perpiñán y otras ciudades del Rosellón que le había dejado en depósito su padre durante su pelea con los catalanes, y se dedicó a la magna obra de apoderarse del reino de Granada, pueblo tras pueblo, tenaz y larga empresa, que él definía diciendo: «Nos comeremos la granada grano a grano.» El y su esposa se mostraban siempre en las ceremonias públicas vestidos con telas de oro. Isabel era una de las mujeres más elegantes de su época. Amaba las joyas, los trajes largos de brocado para ir montada en su blanca hacanea, los perfumes fabricados por los moriscos, todas las artes de un embellecimiento discreto de una coquetería matrimonial. Quería mantener despierto el amor de don Fernando, guerrero que había venido al matrimonio con hijos naturales y seguía aumentando esta prole ilegítima. Gustaba también el rey de usar ropillas de brocado encima de su armadura con las barras rojas y doradas de Aragón, y una corona de piedras preciosas sobre el casco, rematada por un murciélago, animal simbólico de la dinastía aragonesa. En las fiestas de Corte, cuando los reyes hacían sala, lucían igualmente vestiduras de oro y plata, con adornos de animales heráldicos y letras entrelazadas. Pero luego, en la vida íntima, las necesidades costosas de su política los obligaban a las mayores economías. Eran pobres y necesitaban incesantemente dinero para sus guerras. Tenían que pedir préstamos a los arzobispos, obispos y abades de monasterio, poseedores de una gran parte de la fortuna nacional. Igualmente solicitaban subsidios de los procuradores que Castilla y Aragón enviaban a sus cortes, y que muchas veces se mostraban avaras en sus concesiones. También tomaban dinero a rédito de los judíos ricos y de las villas cuyos municipios tenían llenas las arcas. El rey mostraba a sus cortesanos elegantes un jubón de tela extremadamente durable, manifestando con orgullo que ya le habían cambiado tres veces las mangas. Al hermano de su madre, almirante de Castilla, lo invitaba a comer con él y la reina, diciendo alegremente: —Quedaos, tío, que hoy tenemos un pollo. Cuando faltaba dinero para pagar a las tropas, doña Isabel empeñaba sus joyas, unas, heredadas, otras, adquiridas por ella o por don Fernando; pues éste, en momentos de abundancia monetaria, se cuidaba de hacerle valiosos regalos. De estas alhajas, las más célebres eran un gran collar de perlas muy gordas alternadas con balajes—rubíes de color morado—; otro collar de catorce sartas; el joyel llamado de la salamandra, con dos cabezas, una de rubíes y otra de brillantes; numerosas joyas en forma de flechas, diademas y animales heráldicos, así como abundantes brazaletes y sortijas. La última vez que había empeñado tales riquezas fue para atender a las necesidades del sitio de Loja, dándolas como prenda a unos prestamistas de Valencia, y el doctor Acosta sabía que aún estaban guardadas en el cofre de caudales de la catedral de dicha ciudad. Después de verse afirmados en el trono de Castilla la reina y su esposo, para robustecer su poder, procuraban dominar a los señores feudales, así religiosos como laicos, acostumbrados durante un siglo a imponerse a los reyes. Para esto habían creado la Santa Hermandad y la Guardia Vieja de Castilla, tropas permanentes con las cuales podían batir en cualquier momento a los rebeldes. Luego de conseguir la unidad nacional y el orden interior, se habían preocupado de establecer la unidad religiosa, creando la nueva Inquisición, más temible y expeditiva que la Inquisición antigua, existente ya varios siglos. Los judíos dominaban a España por ser más inteligentes y laboriosos que los cristianos viejos. Además mantenían continuas relaciones con sus correligionarios de otros países, lo que les proporcionaba poderosos medios para las operaciones comerciales. El monopolio del dinero les había dado entrada en las familias más nobles del país. Muy contados eran los altos señores que no tenían una madre de origen judío o no se casaban con una conversa para rehacer su fortuna. Todos los oficios más preciados, así como las artes y las profesiones que necesitaban estudios previos, estaban en manos de los cristianos nuevos. En las grandes ferias del país ellos dominaban los negocios. Eran también prodigiosos plateros, fabricantes de sederías, curtidores de cueros finos y, sobre todo, traficantes en dinero y en las más valiosas mercaderías. A fines del siglo Quince los había diezclado en tumultuosas matanzas un populacho fanático para obligar a los supervivientes a que pidiesen el bautismo. El Papa español don Pedro de Luna prohibía por su parte en una bula que los judíos ejercitasen las profesiones más consideradas si no se hacían antes cristianos. Pero después de la persecución general judíos y conversos, al impulso de su propia fuerza financiera, volvían a apoderarse de la vida económica del país. El pueblo los odiaba, creyendo cuantos relatos mentirosos inventaban contra ellos; pero la religión mosaica, en vez de disminuir, se iba extendiendo por el país. Los entusiastas que no habían querido abjurar nunca oponían una resistencia pasiva a todos los decretos contra su raza. Los conversos eran acusados de volver en secreto al culto de sus padres, después de pasado el peligro que les había hecho pedir el bautismo. Existían además ciertos judíos que habían aceptado de buena fe el cristianismo, y con la violencia propia de su raza en materias religiosas eran los más implacables enemigos de sus antiguos correligionarios. Entre los obispos más fanáticos y los primeros directores de la Inquisición hubo muchos que eran de procedencia judía. El establecimiento de la nueva

Inquisición en Castilla fue acogido con entusiasmo popular. Ardieron las hogueras en Sevilla, Córdoba y otras ciudades, consumiendo algunas veces monigotes de paja que representaban a los herejes huidos; pero también en dichas ejecuciones religiosas perecían entre las llamas cientos de seres humanos, hombres y mujeres. Sacerdotes de una terrible sinceridad, de una fe horripilante, dirigían el exterminio de los herejes. Torquemada, uno de los primeros inquisidores, creía de buena fe prestar un gran servicio a los culpables de herética parvedad mosaica, enviándolos a la hoguera. Vivían ciegos en el error, y al quemar sus cuerpos abrían paso a sus almas para que se salvaran. En el reino de Aragón resultó menos fácil el establecimiento del Santo Tribunal. Los cristianos nuevos de Zaragoza, que la Inquisición tenía por sospechosos de judaísmo, estaban emparentados con las más nobles familias. Muchos señores de rancio linaje eran hijos de marranas. Se resistían todos ellos al establecimiento de la temida institución, pero el rey Fernando pugnaba por imponerla. Era en sus manos un instrumento político para ahogar todo intento de rebeldía. Además, los herejes condenados por la Inquisición perdían sus bienes, pasando éstos a los inquisidores y en su mayor parte al rey. Un fanático de temible fervor, Pedro de Arbués, semejante a Torquemada, tomó a su cargo el establecimiento del Santo Tribunal en Zaragoza arrojando para ello el martirio si era preciso. El gran inquisidor de Castilla sólo se presentaba en público con una escolta de más de cien jinetes y mayor número de peones. Temía la venganza de las familias de sus víctimas. Arbués se guardaba por sí solo, llevando debajo de su sotana una cota de mallas y en el interior de su gorro eclesiástico un capacete o cervellera de acero. A medianoche fue a la catedral de Zaragoza a rezar maitines, con su armadura interior, un farol en una mano y una cachiporra en la otra para defenderse, y cuando estaba arrodillado junto a una columna del templo se aproximaron a él varios aragoneses de origen converso. Esto ocurrió en la noche del 15 de septiembre de 1485. Los conjurados, conocedores de su revestimiento defensivo, sabían adonde era conveniente dirigir sus golpes. Juan de Esperaindeo le cortó de una cuchillada el brazo izquierdo, y Vidal de Uranso le asestó con su espada un golpe tan recio en la nuca que hizo saltar parte de las varillas de hierro de la cervellera, causándole una herida mortal. Esperaban los conversos que el pueblo se uniría a ellos, celebrando este atentado como una liberación, pero la muchedumbre vio un santo futuro en el inquisidor muerto, y quiso hacer pedazos a sus asesinos, teniendo que restablecer el orden, con promesas de una terrible represión, el arzobispo de Zaragoza, don Alfonso, hijo natural del rey don Fernando, que vivía escandalosamente rodeado de mancebas como muchos prelados de entonces. Los altos cargos de la Iglesia eran una colocación tradicional para los bastardos de los reyes. Este atentado provocó un recrudecimiento de la Inquisición y una serie de horribles castigos fue cayendo sobre las familias aragonesas más respetables por su linaje o por los cargos que desempeñaban. Entre los perseguidos figuró un caballero, Luis Santángel, pariente cercano del otro Luis Santángel, secretario del rey don Fernando, con el cual había trabado amistad el doctor Acosta en sus visitas a la corte. Se fue apoderando la Inquisición de España entera. Nadie osaba discutir sus decisiones luego de lo ocurrido en Zaragoza, juzgando inútil todo intento de resistencia. Y como una deducción lógica del triunfo inquisitorial, la muchedumbre, fanatizada exigía la expulsión de los judíos. Al principio sólo tuvieron los inquisidores potestad sobre los llamados cristianos nuevos, castigándolos si continuaban secretamente el culto de sus antiguas creencias después de haber aceptado el bautismo. Los que se mantenían francamente en la religión mosaica, arrojando las iras populares, estaban garantizados en el ejercicio de su culto por la palabra de los reyes. Los antiguos monarcas así se lo habían prometido, y los de ahora, al ir apoderándose del reino de Granada, concedieron a las comunidades judías de las diversas poblaciones conquistadas el mismo respeto religioso que a los moros. Pero la intolerancia católica, fomentada al principio por don Fernando y doña Isabel para que todos los españoles marchasen como en una cruzada contra los musulmanes granadinos, sobrepasaba ahora sus deseos. La España cristiana, guiada por sus sacerdotes, exigía que todos los judíos pidiesen el bautismo o abandonasen el país. Presintiendo el peligro, los ricos de las Aljamas extremaban sus actos de sumisión a los reyes, así como sus regalos. Al viajar los monarcas, eran recibidos en Zaragoza, en Barcelona y otras ciudades por comisiones de rabinos y mercaderes, varones suaves y obsequiosos, que les ofrecían vajillas de plata llenas de monedas de oro y otros presentes no menos valiosos, como símbolo de bienvenida. Don Fernando se mostraba sordo a las peticiones de los cristianos. Conocía el valor de la raza hebrea y lo que significaba para la fortuna nacional. Eran los judíos los que le habían hecho préstamos en los momentos de mayor apuro. Además, todos los arrendadores de sus tributos y cuantos hombres se mostraban hábiles en el manejo de la hacienda de los reinos eran de la misma religión. Abraham Señor, el rabino mayor de España, su yerno Rabí Main y otros arrendaban el cobro de los impuestos en Castilla y habían sido llamados muchas veces por el monarca para que lo aconsejasen. Circuló el rumor de que ambos reyes, por razones financieras y por cierto sentimentalismo nacional, iban a desistir a última hora de la expulsión de los judíos. A esto se añadía que las Aljamas levantarían una contribución entre sus gentes, para hacer a los reyes un donativo de muchos miles de ducados de oro a cambio de su tolerancia. Pero, según se contó semanas después, el gran inquisidor fray Tomás Torquemada había

entrado violentamente en la cámara real con un crucifijo en la mano, diciendo a los monarcas : —A Dios lo vendieron por treinta dineros. Tómenlo sus altezas para venderlo otra vez. Y dejaba en sus manos el crucifijo. El doctor Acosta dudaba de este relato popular. No era don Fernando hombre que tolerase tal insolencia, cuando se hallaba aún en todo el vigor de su madurez. Pero lo cierto era que finalmente habían dado los reyes el decreto de expulsión, y las Aljamas, perdida toda esperanza, preparaban su viaje. Los judíos más letrados infundían entusiasmo a los demás de su raza al hablar de este destierro general. Amaban a un país que había sido suyo durante veinte siglos y cuyo suelo guardaba los restos de tantos ascendientes, pero creían al mismo tiempo en la proximidad de un gran suceso histórico para su raza, la marcha hacia una nueva tierra de promisión, lo mismo que sus remotísimos abuelos habían huido de Egipto siguiendo la vara directora de Moisés y el majestuoso avance del Arca Santa. Prometían los rabinos maravillas a sus devotos en el momento de abandonar la ingrata tierra de España. Amontonaría el mar sus aguas como enormes colinas azules para que ellos caminasen por su lecho a pie enjuto; otra vez caería de las nubes el maná celeste para mantenerlos durante su éxodo. Y el físico Acosta, conocedor de las esperanzas de esta muchedumbre crédula y fanática de cuyo seno habían surgido sus abuelos, sentía por adelantado la tristeza de próximas desgracias. Escéptico interiormente, juzgaba inútil exponer la tranquilidad o la vida por ninguna idea religiosa. Lamentaba que los judíos españoles abandonasen sus casas, entregándose a las aventuras de lo incierto, por no bautizarse, como lo habían hecho sus propios ascendientes y tantos otros israelitas, patriarcas de las numerosas familias de conversos. Contemplando los espectáculos humanos desde la altura a que le habían elevado sus estudios y reflexiones, no consideraba dignas de tan penoso sacrificio las diferencias entre la creencia perseguida y la creencia vencedora. Únicamente sentía cierto respeto por su raza, que tenía algo de amoroso, al encerrarse en su sala de los libros. Guardaba en ella manuscritos de más de cien autores judíos, casi todos españoles y algunos provenzales, sabios varones que durante siete u ocho siglos habían servido a la ciencia humana, conservando los conocimientos de la antigüedad. Eran astrólogos, médicos, alquimistas, matemáticos hombres que sabían el árabe, el latín y las lenguas romances y habían traducido pacientemente en sus libros la sabiduría propia de los musulmanes y la que éstos habían traído hasta España, tomándola de los olvidados autores griegos. Los hombres estudiosos del centro de Europa venidos a Toledo y a Córdoba para aprender la ciencia de los árabes tenían que valerse de dichos escritores judíos que les servían de intérpretes. Los monjes letrados de toda la Cristiandad apelaban igualmente al auxilio de los rabinos españoles para conocer por su mediación los escritos y descubrimientos de los autores musulmanes. Durante dos o tres siglos de la época que comprendemos modernamente bajo el título de Edad Media existía una confraternidad científica entre los sabios musulmanes de las escuelas adheridas a las mezquitas y los sabios cristianos de los conventos, siendo los autores judíos los que mantenían esta relación. Ahora, durante la época del doctor Acosta, la ciencia empezaba a ser tenida por herética, las diferencias religiosas se agrandaban, sobreponiéndose al deseo de saber, y la verdad ya no iba a admitirse como verdad en mucho tiempo si no la decía un cristiano. Pensaba el físico de Córdoba silenciosamente en todo esto, sin que su rostro reflejase dicha actividad mental. Se hallaba en la sala de su vivienda que servía de comedor. Había terminado la cena. Doña Mencía, con un paternóster de coral y plata en las manos, rezaba el rosario, respondiendo automáticamente a sus oraciones el doctor, arrellanado en un sillón y toda la servidumbre de la casa, doncellas, caballerizos y mozos de corral. Las dos criaditas moras, recién bautizadas por obra de doña Mencía, respondían a sus oraciones sentadas en el suelo y balanceando la parte superior de su cuerpo como si repitiesen una lección. Cuando terminó el rosario, la respetable matrona dio una noticia a su esposo. Al cerrar la noche había llegado a Córdoba aquel extranjero que vendía libros y había comido muchas veces en la casa: uno a quien llamaban maestre Cristóbal. Traía, según las personas que le habían dado la noticia, una comisión para el mejor servicio de los reyes, con cédula de alojamiento para instalarse en casa de rico. Pero había preferido irse a vivir, como antaño, en el mesón de Antón Buenosvinos, ocupando la mejor de sus habitaciones por ser ahora un personaje. Capítulo Tercero. - En el que se demuestra que «donde hay negros hay oro», se empieza a hablar del Preste Juan de las Indias y del Gran Kan y aparece el enigmático Maestre Cristóbal. Ser físico en aquellos tiempos no significaba únicamente haber estudiado el arte de curar. Todos los físicos de algún renombre se mostraban doctos en las ciencias naturales, la astrología y la geografía. Esta última era el estudio preferente de Gabriel de Acosta, tal vez por una afición de raza, por ser judíos, o «conversos» gran parte de los sabios cosmógrafos y geógrafos que vivían entonces en Portugal. Todo lo que esta nación había trabajado durante el siglo XV para ensanchar los límites de la tierra conocida por los cristianos lo sabía el físico de Córdoba. Siendo niño había oído hablar a su padre de don Enrique, infante portugués, apellidado «el Navegante». En realidad, no había navegado nunca, pero merecía tal sobrenombre por dedicar su existencia entera a la preparación de los descubrimientos marítimos. Quinto hijo del rey don Juan Primero de Portugal, fundador de la dinastía de Avis, dotado de un espíritu heroico y predispuesto a las aventuras como un caballero andante, acabó por condensar en su persona todas las

aspiraciones y los apetitos contradictorios de su época, siendo el personaje más representativo de su siglo. Pasaban los hijos del monarca portugués la estrecha boca del Mediterráneo para conquistar la ciudad de Ceuta y ante sus muros ganaba don Enrique las espuelas de caballero. Desde las almenas de la sometida ciudad contemplaba el Océano ignoto y la cordillera del Atlas, no menos misteriosa, detrás de la cual existían pueblos nunca conocidos por los cristianos. Al volver a Portugal, su padre lo nombraba Gran Maestre de la orden de Cristo, creada para combatir a los mahometanos, y podía dedicar las rentas de dicha institución a sus vastos proyectos. Quería conquistar el África y apoderarse del Océano hasta que sus marinos llegasen a las remotas Indias». Valeroso y tenaz, deseaba ante todo apoderarse de la parte Oeste de África, conocida entonces con el nombre de Guanajo, y que luego se llamó Guinea. Ningún europeo la había visitado, Se decía que el oro era muy abundante en Guanaja, y esto animaba a los marinos de don Enrique en sus primeros viajes. Reflejaba el infante en su carácter y sus empresas el alma contradictoria de su tiempo. Quería descubrir nuevas tierras para quebrantar el poder de los musulmanes en África y extender la fe de Cristo. Soñaba con la posible conquista de los Santos Lugares cuando los descubrimientos le hubiesen hecho inmensamente rico. Y deseaba oro, mucho oro, con una avidez igual a la de los mercaderes judíos. El siglo XV había empezado a vivir con esta sed insaciable de oro. Los hornillos de los alquimistas no se apagaban nunca, enrojeciendo retortas y alambiques, dentro de los cuales hervían materias secretas, de cuya amalgama había de surgir el oro artificial. Por otro lado, existía la creencia de que el oro sacado de las entrañas de la tierra no era más que la luz del sol petrificada por la obra de siglos y siglos, pero un sol ardiente, intenso, distinto al de los países de la zona templada, y esto hacía que los soñadores lo creyesen almacenado con extraordinaria abundancia en las tierras de la zona tórrida. «Donde hay negros hay oro», afirmaban sabios y navegantes, estableciendo una relación directa entre el sol cáustico que abrasaba la piel de los hombres hasta darle el color del ébano y calcinaba al mismo tiempo los pedruscos de las entrañas del suelo, convirtiéndolos en aurífero metal. Don Enrique, gobernador perpetuo del Algarbe, al Sur del reino portugués, se radicó para toda su vida frente al Océano, en el promontorio de Sagres, cerca del cabo de San Vicente. En Sagres, peñón llano de setenta metros de altura, que penetra en el mar más de un kilómetro y se ensancha al final en forma de maza, levantó don Enrique su vivienda, agregando a ella un observatorio astronómico y una escuela de cosmografía. Por su llamamientos o por espontánea atracción, fueron acudiendo a Sagres los hombres más doctos en las cosas del mar, sin distinción de nacionalidades ni religiones. Junto con los pilotos» portugueses figuraron maestros catalanes y mallorquines, que eran entonces los cosmógrafos más expertos de toda la cristiandad, los que sabían dibujar mejor las cartas geográficas, así como judíos de España y Portugal grandes astrólogos y matemáticos, y hasta moros doctos venidos de las ciudades de Marruecos. Entre ellos, el de más valía, por su exacta noción de todos los países conocidos hasta entonces, era el maestro Jaime de Mallorca, un «converso» llamado así por haber nacido en dicha isla. Estos hombres de estudio vivían vueltos de espaldas a Europa, sin que les interesasen las guerras y los sucesos políticos que se desarrollaban en la tierra firme. Sólo concentraban su atención en el vasto Océano, desenmarañando las noticias que les comunicaban los rudos navegantes que habían osado avanzar a lo largo de las costas de África. Eran catalanes en su mayor parte los que hicieron los primeros descubrimientos, desembarcando en la costa occidental de África y en las islas próximas. El Maestre Jaime Ferrer, de Barcelona, había llegado en el siglo anterior mandando un ligero luxer hasta, el llamado Río de Oro, descubriendo al mismo tiempo algunas islas del archipiélago de las Canarias. Ahora eran los portugueses, con algunos auxiliares españoles e italianos — la marina internacional y «científica» del infante, guiada por los más sabios cosmógrafos de la época, — los que iban a emprender en un avance metódico el descubrimiento de las costas africanas. Sus buques fondeaban, esperando órdenes, en el próximo puerto de Lagos. Entre el promontorio de Sagres y la tierra firme y agrandábase una población que tomaba el nombre de Villa del Infante. La escuela de Sagres iba adquiriendo noticias de las caravanas que atravesaban, el desierto de Sahara, más frecuentado entonces que siglos después, y mantenían un activo comercio entre Marruecos, el Senegal y Tombuctú. Los capitanes de la marina de don Enrique, desde 1416 hasta 1460, fecha de la muerte del infante, descubrían las primeras islas del grupo de las Azores, doblaban el cabo Bojador y el cabo Blanco, fundaban en la bahía de Argun la primera colonia portuguesa, estableciendo una factoría en una isla para comerciar con los naturales. Los portugueses llevaban pañuelos de color, mantas de lana, color rojo y piezas de alfarería para cambiarlas por esclavos negros de Guinea, oro de Tombuctú, camellos, pieles de león y de búfalo, martas, cibelinas, huevos de avestruz y goma arábiga. La esclavitud aún existía en Europa. Las caritativas afirmaciones de la Iglesia no eran más que palabras vanas. Prelados y sacerdotes tenían esclavos a su servicio, lo mismo que los seglares. Lisboa era el primer mercado europeo de esclavos negros. Después venía el mercado de Sevilla, donde despachaban sus cargamentos de negros los navegantes españoles que habían ido a hacer la trata en las costas de Guinea, arrostrando la hostilidad de los portugueses. Todos ellos se creían con mejor derecho que éstos a dicha explotación, por haber sido los primeros descubridores de la mencionada tierra.

Seres que no eran de raza negra se veían sometidos igualmente a las rudezas de la esclavitud. Los habitantes de las Canarias, gentes duras, bravías, y de tez clara, defendíanse con flechas y lanzas, en el interior de sus islas de la conquista cristiana. Los primeros ocupantes del país habían sido unos caballeros franceses, feudatarios del rey de Castilla. Estos conquistadores llevaban a vender en España sus prisioneros canarios. Luego, al quedarse definitivamente los reyes don Fernando y doña Isabel con dichas islas, dejaban que continuase la trata de esclavos. En casi todas las ciudades de España había grupos de esclavos canarios trabajando en las obras públicas. El doctor Acosta veía muchas veces a estos hombres, robustos y silenciosos, con el cuerpo surcado de cicatrices, que al venir la noche eran encerrados en una cárcel, durmiendo con cadenas para que no pudiesen huir. Al fin, los navegantes portugueses llegaban en su avance a la desembocadura del río Senegal. Un intrépido marino, Dionisio Díaz, ascendiente de Bartolomé Díaz, que veintiséis años después de la muerte del infante doblaba el cabo de Buena Esperanza, era quien descubría la desembocadura de este gran río, llegando hasta el cabo Verde. Ya estaban en el Ecuador, ya habían llegado a la verdadera tierra de los negros, demostrando con-ello la falsedad de las teorías de Aristóteles y Ptolomeo, que declaraban inhabitable la zona tórrida. La escuela de Sagres veía horizontes enteramente nuevos, pudiendo fiarse más de la observación directa y de la audacia de los marinos indoctos que de todo lo que había afirmado la autoridad de los filósofos antiguos. Exaltaban los nautas, al regresar de sus descubrimientos, las arboledas enteramente verdes del llamado cabo Verde, las hierbas flotantes de sus ríos que parecían barrer las selvas misteriosas del interior, sus combates con las tribus próximas al Gambia, que usaban flechas envenenadas, matando a varios tripulantes. Al fallecer don Enrique en Sagres, en 1460, contaba sesenta y seis años, habiendo dedicado su vida entera a navegaciones y descubrimientos. Moría pobre e impopular. Los más de los portugueses tenían por loco a este infante recluido en un promontorio del Océano, sin mujer, rodeado únicamente de hombres estudiosos, muchos de ellos herejes o infieles. Además, malgastaba en sus descubrimientos todo su dinero y el que le daba su país. Y los tales descubrimientos no habían tenido ningún resultado inmediato, costando la vida de muchos hombres. Tan enormes eran sus gastos, que al morir debía a sus hermanos y a otros individuos de su familia más de veinte mil coronas de oro, suma enorme para aquella época. Todo este dinero lo había empleado en hacer de Portugal la primera potencia marítima de entonces, pero esto no lo vio el vulgo hasta pasados algunos años. Son los mercaderes los que afirman y avaloran los descubrimientos geográficos. Una tierra nueva que no produce ni da ganancias vuelve a perderse en la oscuridad a los pocos años de ser descubierta. En aquel tiempo sólo eran apreciadas las tierras productoras de oro, de piedras preciosas o de especias. El lujo del siglo XV daba a las especias un valor igual al de los metales preciosos o al de las gemas raras. Todo banquete debía estar sazonado con pimienta de Asia, clavo, nuez moscada, canela, jengibre. Hasta en los vinos estaban diluidas las especias. Se atribuían a tales materias picantes o cáusticas, y de intenso perfume, maravillosas cualidades curativas. Traídas de la India y nacidas más allá, en la isla de Taprobana o en el Quersoneso Áureo, su adquisición costaba precios fabulosos, lo que las hacía más buscadas por los potentados laicos y eclesiásticos. Los mercaderes árabes las traían en sus cárabos por el mar Rojo, desembarcándolas en Suez. Los soldanes de Egipto tenían en sus manos el tráfico de tan preciosas materias. Venecia y Génova se disputaban en el mercado de Alejandría la adquisición de las especias, cuyo monopolio era la principal fuente de su prosperidad. Las marinas de dichas repúblicas y las «cocas» de la flota mercante de Cataluña distribuían las especias en las costas del Mediterráneo, llevándolas igualmente por el Océano hasta Inglaterra y los puertos anseáticos del Báltico. Apoderarse de los países productores de las especias valía tanto como descubrir las minas de oro que enriquecieron al rey Salomón. La muerte del infante disminuía el entusiasmo por los descubrimientos; pero de todos modos, gracias a don Enrique, era Portugal el país donde se encontraban los pilotos más expertos, los constructores de barcos más inteligentes, los planisferios y las cartas marítimas de mayor exactitud, acudiendo a dicho centro de estudios geográficos los navegantes y cosmógrafos más eruditos. Se había publicado el *Almagesto*, libro de Claudio Ptolomeo, geógrafo y astrónomo egipcio, de Alejandría, que escribió siglo y medio antes de Jesucristo, y el *Imago Mundi*, obra del cardenal Pedro de Ailly, que popularizaba estas mismas doctrinas geográficas. Los nuevos reyes de Portugal Alfonso Quinto y Juan Segundo continuaban las empresas geográficas de don Enrique siempre que se lo permitían las guerras y las negociaciones políticas» de su reino. Entre los cosmógrafos que acudieron a Portugal figuraba un caballero bohemio, Martín Behaim, famoso por haber construido un globo terráqueo en 1492, que contenía todos los descubrimientos realizados por los portugueses en su avance hacia las Indias. Desde el extranjero escribían igualmente a la corte de Lisboa todos los sabios de Europa aficionados a estudiar los problemas geográficos. Un alemán, Regio Montano, y un florentino, Paulo Toscanelli, de profesión físico, mantenían correspondencia científica con los allegados a don Juan Segundo. Diego de Cao, en dos buques de su propiedad y llevando como pasajero a Martín Behaim para que hiciese estudios cosmográficos, descubría el Congo, río el más caudaloso de África, en 1485, y dos años después, Bartolomé Díaz, con tres navíos, avanzaba más lejos,

descubriendo el extremo austral de África, el llamado cabo de las Tormentas, que el rey don Juan rebauticó llamándolo de Buena Esperanza. Díaz se había apartado mucho de la costa de África para aprovechar mejor los vientos, y dobló el deseado cabo sin darse cuenta de su existencia. Casi resultó providencial que sus tripulaciones se sublevaran, amenazándolo de muerte si no cambiaba de rumbo, volviendo atrás. Dos días después, en su viaje de regreso, veía el imponente promontorio que forma la punta austral de África, aparición seguida de una furiosa tormenta que casi devoró a las tres naves. Bájolo don Juan Segundo la empresa de los descubrimientos se hacía popular y empezaba a rendir ganancias a los portugueses. Los negros de Guinea daban en abundancia oro en polvo a cambio de las mercaderías de los cristianos. Habían construido los portugueses una fortaleza en cierto lugar de la costa, llamado de la Mina por su abundancia en dicho metal. En todos sus viajes las naves portuguesas cargaban oro frente al nuevo castillo de San Jorge de la Mina. Otros buques, españoles o genoveses, iban allá ocultamente para hacer el mismo comercio de oro con las tribus negras de los alrededores, siendo esta industria muy expuesta, pues el rey de Portugal había dado orden a sus capitanes de echar a pique todos los barcos extranjeros que encontrasen en aquellas aguas, ahogando a sus tripulantes, sin perdonar a uno solo, para que no revelasen los secretos de dicha navegación. A la abundancia de oro iba unido el descubrimiento de la malagueta, pimienta africana parecida a la del Asia, que convertía a Lisboa en un mercado rival de las repúblicas italianas. Venecia empezaba a inquietarse de la prosperidad marítima de los portugueses, pero el hábil don Juan Segundo procuró adormecer a la Señoría con sus habilidades de astuto diplomático. Los portugueses en todas sus expediciones se habían apoderado de gentes del país, especialmente mujeres, para enseñarles su lengua en Lisboa, volviéndolas luego a las costas de África para dejarlas en libertad y que penetrasen tierra adentro. Les encargaban que diesen noticia a las tribus del interior del gran poderío del pueblo portugués y de que todas sus expediciones las emprendían para encontrar el reino del Preste Juan. Creían que de este modo las nuevas de sus avances llegarían, de país en país, a oídos de dicho rey-sacerdote, quien al saberlas enviaría mensajeros a su encuentro. Acosta conocía la historia del Preste Juan, personaje que ya ha resultado algo fabuloso en su época a juzgar por la facilidad con que su reino cambiaba de emplazamiento. Indudablemente había existido el famoso Preste Juan de las Indias. Tal vez era un monarca, o toda una dinastía, de reyes del interior de Asia, que se habían mantenido cristianos, resistiéndose al avance triunfador de los califas, herederos de Mahoma, hasta las fronteras de la China. Pero eran cristianos heréticos, de la secta de Nestorio, pues el cristianismo de los nestorianos se extendió mucho en Asia, y habría acabado por ser la religión de casi toda ella de no haber surgido el avasallador mahometismo. El mercader veneciano Marco Polo y el docto caballero inglés Juan de Mandeville hablaban del Preste Juan, en sus viajes por Asia, casi como si lo hubiesen visto. Don Enrique «el Navegante», muchos años después, conocía mejor el país y la figura del Preste Juan. Viviendo de joven en Ceuta, los mercaderes moros y judíos le hablaban de este rey-sacerdote, poseedor de inmensas riquezas, como de un monarca conocido por todos ellos a causa de largas relaciones comerciales con sus súbditos. En aquel tiempo, las llamadas Indias, que eran varias, empezaban a continuación del Egipto. Siendo el mar Rojo el camino de las Indias, los mercaderes árabes lo señalaban en tal designación. Cuando los marinos de don Enrique fueron avanzando por las costas de África, oyeron hablar a los comerciantes de las caravanas venidas de Tombuctú, de un gran rey-sacerdote existente al otro lado de África, por donde surge el sol. Y en Portugal empezaron a convencerse de que el buscado Preste Juan era el «rey de los reyes», el llamado «León de Judá», o sea el emperador de Abisinia. Gabriel de Acosta, que estaba en relación con los personajes doctos de Lisboa, sabía que don Juan Segundo había despachado algún tiempo antes a varios viajeros para que fuesen por tierra a explorar el reino de Abisinia, estudiando el comercio y las comunicaciones de los mercaderes árabes con el Océano Índico a través del mar Rojo. Dos frailes partían, para volver al poco tiempo sin éxito alguno. Dos mercaderes, Alfonso de Paiva y Pérez de Covilhan, marchaban a Alejandría y al Cairo con encargo de seguir navegando por el mar Rojo hasta Adén. Últimamente había enviado a dos rabinos, Abraham de Beja y José de La-mego, para que visitasen igualmente en su nombre al Preste Juan, y tal vez transcurrirían dos o tres años antes de que llegasen noticias de ellos. El resultado de dichas exploraciones tenía en 1492 suspendido momentáneamente los descubrimientos de los portugueses. El camino marítimo de Asia estaba abierto con el hallazgo del cabo de Buena Esperanza, pero la nación parecía descansar, tomando aliento para dar nuevo salto hasta la India, desde esta mitad del camino. Ocho años antes, el doctor Acosta había reanudado los estudios geográficos de su primera juventud, procurando realizar otros nuevos para responder a las consultas que le hacían, y además por satisfacción de su curiosidad, excitada dentro del nuevo ambiente en que parecían vivir todos los doctos de la época. Empezaban a preocuparse los españoles de los descubrimientos de nuevas tierras, al ver los avances del vecino Portugal. Este país, casi siempre enemigo — a pesar de los enlaces matrimoniales entre las dos monarquías, — al sentirse aislado de la vida europea, por el obstáculo de Castilla situada a sus espaldas, buscaba una expansión en el Océano. La España recién unificada tenía también costas oceánicas y deseaba llevar a ellas las

iniciativas de sus marinos, que hasta entonces se habían desarrollado especialmente en el Mediterráneo. Un extranjero aparecía en Córdoba, donde estaba con frecuencia la corte a causa de su proximidad al reino de Granada, teatro de la guerra nacional. Acosta fue de los primeros en conocerle, al empezar el año 1486. No creía el doctor en la homogeneidad de los caracteres humanos. Sonreía con tolerancia al enterarse de acciones reprobables ejecutadas por hombres siempre honestos y no se extrañaba igualmente ante hechos loables cometidos por duros criminales. El alma humana es contradictoria, abunda en tortuosidades y secretos; pero a pesar de hallarse acostumbrado el doctor a tales complejidades, aún no había podido formarse un concepto firme de este extranjero, variando frecuentemente en sus apreciaciones, hasta ir en dicho vaivén, del respeto a la burla. Decía llamarse Cristóbal Colón y ser de nacionalidad genovesa. Esto último nada tenía de extraordinario. La parte más considerable de los extranjeros residentes en España se componía de genoveses. Tal vez eran superiores en número a todos los residentes en el país. El rey San Fernando, conquistador de Sevilla, había favorecido a los genoveses con privilegios especiales, agradeciendo la ayuda que le dieron sus buques para tomar dicha ciudad a los moros. Casi todos los mercaderes extranjeros de España eran genoveses o decían serlo. Poseían los más ricos monopolios, dominaban los puertos, eran propietarios de muchas naves amarradas a sus muelles. Su prosperidad en Castilla les había empujado a Portugal, empezando a apoderarse en el puerto de Lisboa de todos los cargamentos de especias traídos de Guinea. Estos comerciantes, establecidos en ambos reinos, se sostenían y protegían con una mutualidad de tribu. Ser genovés significaba para este Cristóbal Colón una seguridad de verse oído en sus propuestas, de encontrar siempre a alguien que le facilitase el acceso allí donde deseaba entrar. Su afirmación de nacionalidad era lo único concreto que había podido saber de él Acosta. Todo lo demás de su vida era incierto, misterioso, contradiciéndose unas afirmaciones con otras, hasta el punto de que algunas veces el doctor, en los vaivenes de su apreciación, llegaba a tenerle por incorregible imaginativo y hasta merecedor de que le apellidasen mentiroso. Cuando llegó a Córdoba por primera vez, los reyes estaban ausentes. El año anterior había sido de gran peste, teniendo Acosta que asistir a miles de enfermos, cuyos parientes tiraban de las haldas negras de su hopalanda, disputándose para que fuese antes a su casa. Los monarcas habían invernado en Alcalá de Henares. Las lluvias insistentes, las crecidas de los ríos y el nacimiento de la infanta doña Catalina (la que fue esposa después de Enrique Octavo de Inglaterra) retardaban la vuelta a Córdoba. Desde el primer día que habló con dicho personaje pudo notar sus contradicciones. Decíase natural de Liguria y hablaba mal la lengua italiana, así como el dialecto especial de Génova. Su lenguaje era, en realidad, el del Mediterráneo, una mezcla de catalán, castellano, italiano y árabe, idioma especial de todos los navegantes y de los puertos de dicho mar. Su acento extranjero era el de un marino acostumbrado a hablar distintas lenguas, sin conocer a la perfección ninguna de ellas. El portugués y el castellano eran indudablemente las hablas que conocía mejor. Hizo gala en sus conversaciones con Acosta de conocer el latín, pudiendo leer algunos libros y manuscritos de su biblioteca; pero un latín imperfecto, inelegante, distinto al que habían resucitado los humanistas en Italia, aprendido, a juzgar por sus giros, en Portugal o en España. Iguales contradicciones veía el doctor al hablar el extranjero de su edad. Unas veces declaraba tener más de cuarenta años, otras decía haber llegado a los treinta nada más, atribuyendo a sus muchos trabajos y peligros pasados en el mar el que su cabellera estuviese casi blanca. En realidad, este hombre carilargo, de pecosa y encendida tez, unos días parecía viejo y otros se mostraba con una frescura juvenil, incompatibles con la canosidad de sus guedejas. En sus momentos de duda, el doctor sentíase predispuesto a darle crédito. Le interesaban los hombres del mar. Participaba de la admiración casi supersticiosa que inspiraban entonces los nautas a las gentes de tierra adentro, aventureros algo misteriosos que entienden las voces de brisas y huracanes y leen el vuelo de los pájaros; seres de brujería y de magia que, soplando un mismo viento, realizan el milagro de ir en diversas direcciones siguiendo su empuje o navegando contra él. Recordaba Acosta lo que decía el rey Alonso el Sabio en sus Partidas de los naucheros, hombres que dirigen con su seso la marcha de las naves en el Océano. Este desconocido acababa por interesarle siempre que lo dejaba hablar horas y horas en la sala de los libros, exponiendo sus ensueños geográficos, sus planes de navegaciones futuras. A través de sus palabras adivinaba una enorme voluntad. Veía en su frente una arruga vertical, signo de carácter tenaz. Era el hombre de una sola idea a la cual dedica toda su existencia. Algunas veces, escuchándole, se imaginó ver en el brillo sudoroso de su frente el latido de los antiguos profetas, que las muchedumbres guiadas por ellos interpretaron en forma de dos cuernos de luz. Sus ilusiones eran vehementes y sobrehumanas, como las de los soñadores del pueblo judío, uniéndose a ellas un ansia voraz de oro, de conquistas materiales, de autoridad y de honores. Más de una vez se le ocurrió al doctor la sospecha de que este «genovés» poco dispuesto a hablar de su origen, y que sabiendo tantas lenguas no tenía ninguna propia, bien podía ser un «converso» como él, que ocultaba prudentemente su verdadero nacimiento en un país donde la Inquisición había empezado, años antes de su venida, a dar caza a todos los del mismo origen. Esperando el regreso de los reyes a Córdoba, este pretendiente mal vestido y peor comido, sin otro

recurso que alguna pequeña cantidad que de tarde en tarde le enviaban como limosna el duque de Medinaceli y algunos otros señores, se dedicó al trato con el doctor Acosta. Llegaba siempre a las horas de comer, y el célebre físico lo invitaba a su mesa. Algunas veces, para ayuda de su mísera existencia, le compraba libros de estampa, gruesos volúmenes impresos en Italia o en Barcelona y Valencia, que iba vendiendo a los conventos y a las personas doctas. Además de comprarle libros para que tuviese alguna ganancia, le prestaba Acosta algunos de los suyos, manuscritos especialmente, para que rectificase muchos de sus errores, propios de una instrucción reciente y precipitada. El doctor le tenía por hombre de pocas letras, pero de ingenio natural, y como había visto mucho en sus navegaciones, gustaba de hacerle pagar en palabras el escote de sus comidas, formulando, hábiles preguntas que le obligaban a relatar su pasado. Este pasado sólo empezaba a partir de su vida en Portugal. Antes todo era misterio y oscuridad durante su permanencia en el Mediterráneo. Sólo una vez declaraba haber sido capitán, mandando un buque de Renè de Anjou, soberano de la Provenza; pero este mando resultaba en contradicción con su edad cuando decía tener unos treinta años. Siempre había navegado en buques de otros como maestre o como piloto, y por eso los más le llamaban Maestre Cristóbal. Era uso en toda Andalucía echar en las tinajas de agua una goma llamada almáciga, que endulzaba el líquido, dándole, según opinión popular, prodigiosas cualidades para el mantenimiento de la salud. Esta goma la traían de Chío, en el archipiélago griego, y Maestre Cristóbal declaraba haber navegado hasta allá para traer dicho artículo, de gran consumo... Y no decía más de su vida mediterránea. Luego abría en su existencia un paréntesis de misterio. El doctor, durante las horas plácidas de la tarde, horas de alegría reposada y epicúrea, después de una comida succulenta, teniendo sobre la mesa de su sala de los libros frascos de vino de la tierra, Montilla y Jerez, había conseguido que este hombre, siempre receloso al hablar del pasado, dejase escapar algunos fragmentos denunciadores del secreto de dicha época. Unas veces hablaba de cierto combate naval cerca del cabo de San Vicente entre una flota de piratas y cuatro naves genovesas que iban a Inglaterra, y en una de las cuales figuraba él como tripulante. Estos barcos piratas eran de la flota de los Colombos, almirantes al servicio de Francia, que la gente creía genoveses por su apellido. Todo era entonces genovés en el mar. En realidad, los dos almirantes piratas, Colombo el Viejo y Colombo el Mozo, habían sido franceses, navegantes de la Gascuña, y se llamaban verdaderamente Casenava, pero en su país los apodaban Couyon o Coullon, mal nombre del que habían hecho Colón los españoles y Colombo los italianos. La nave en que iba Maestre Cristóbal como pacífico marino de comercio se incendiaba, lo mismo que el barco pirata aferrado a ella; los dos se iban a fondo entre llamas, y el genovés, montado en un madero, salvaba su vida gracias a las olas que lo empujaban a la costa portuguesa, poniendo pie en dicho país de este modo novelesco. En otras ocasiones se le habían escapado palabras que hacían sospechar al doctor un emplazamiento distinto para Maestre Cristóbal. Hablaba con benevolencia del almirante Colón el Mozo y hasta mostraba cierta vanidad por la semejanza de sus apellidos. Tal vez donde verdaderamente iba él era en una de las naves piratas y había saltado de ella sobre el tablón salvador en el momento del incendio viéndose separado de sus compañeros de bandidaje marítimo. Esto nada tenía de extraordinario en aquellos tiempos. Así como los combatientes terrestres tenían mucho de bandoleros en sus hazañas, los del mar rara vez se veían libres del pecado de piratería. Únicamente los nautas de carácter apocado, que se resignaban a ser eternas víctimas, podían hacer alarde de honestidad marinera... Después Maestre Cristóbal hacía un viaje a los mares septentrionales de Europa, más allá de las Islas Británicas. Afirmaba haber estado en Tule, isla de la que hablaban Séneca y otros autores antiguos como lo más remoto de la tierra, a la que dieron después los escandinavos el nombre de Islandia. El doctor Acosta, oyéndole, sacaba la consecuencia de que esto era dudoso. Tal vez no había pasado de algunas islas del Norte de Inglaterra, las que iban los navíos portugueses a cargar estaño. Maestre Cristóbal, ameno en sus relatos, tenía el defecto de dar como vistos por él países que sólo conocía por los testimonios de otros. Lo mismo habían hecho Marco Polo, Mandeville, Conti y otros exploradores de Asia. La mitad de los países los habían visitado verdaderamente, describiendo los restantes con arreglo a lo que habían oído a otros en los puertos. Notaba en este hombre pobre, oscuro, necesitado de protección, una egolatría tan grande, que acababa por ser la más valiosa de sus condiciones, dándole una tenacidad extraordinaria en los momentos difíciles, haciéndole desconocer la tristeza o la hostilidad de los ambientes desfavorables. Personas y sucesos giraban siempre en torno a él. Su persona era el centro de la vida allí donde estuviese. Pretendía dominarlo todo, como esos árboles que se elevan sobre el resto de la selva, suprimiendo cuanto les rodea, absorbiendo todos los jugos del suelo, ensanchando el desierto más allá de su tronco. Volvía a Portugal, y sus primeros tiempos en dicho país resultaban igualmente misteriosos hasta su matrimonio. Acostumbraba a oír misa en un convento de Lisboa que era a la vez un colegio donde recibían educación las huérfanas sin fortuna de hombres que habían servido a Portugal por mar o por tierra. Allí conoció a la joven Felipa Muñiz de Pellestrello. Su padre había sido marino al servicio del infante don Enrique figurando entre los descubridores de Puerto Santo, pequeña isla inmediata a la de Madera. Don Enrique daba a Pellestrello dicha isla

por ser la más despejada y de fácil cultivo, creyendo asegurarle con esto una gran riqueza. Sus compañeros, menos afortunados, recibían en feudo la isla de Madera, mucho más extensa, llamada así a causa de los enormes bosques que la cubrían por entero hasta las riberas marítimas. No sabiendo sus poseedores cómo explotar dicha selva oceánica, la prendían fuego durando el incendio siete años. Luego plantaban en el suelo, cubierto de cenizas, cañas de azúcar y cepas de Portugal, creando así el famoso vino de Madera, lo que acababa por enriquecer a sus colonizadores. Pellestrello, al poblar su isla de Puerto Santo, cometía la imprudencia de llevar a ella un par de conejos, y éstos se reproducían de tal modo, que a los pocos años devoraban las cosechas, muriendo pobre el colonizador. Un hijo suyo conservaba el gobierno de Puerto Santo. La joven Felipa, según costumbre de aquella época, había antepuesto el apellido Muñiz de su madre al de Pellestrello, por ser aquél portugués y de origen noble. Maestre Cristóbal, al casarse con ella, se hacía cargo de todos los papeles de su suegro, cartas de navegar, informes de otros marinos, hipótesis de sabios de la escuela de Sagres, ecos ya olvidados de la pequeña corte científica del difunto don Enrique. A causa tal vez de su pobreza, se iba a vivir a Puerto Santo, cerca de su cuñado, el pobre gobernador de la isla. Esta existencia despertaba en él aquella ansia de descubrimientos geográficos sentida por los portugueses de entonces y con la cual parecían contagiar a todos los que llegaban a sus tierras. Además, la vida en una isla del Océano no permitía pensar en otra cosa. Los hombres, despegándose de las costas, habían saltado a los archipiélagos volcánicos que asomaban sus cumbres sobre el desierto azul llamado durante mucho tiempo Mar Tenebroso. Ya se habían posesionado de las Azores, de Madera, Canarias y Cabo Verde. Eran la vanguardia de la invasión humana hacia el otro lado del planeta que se estaba preparando sordamente en el extremo más avanzado de Europa. Más allá de aquel horizonte, en el que se amontonaban a veces las nubes fingiendo islas imaginarias, existían tierras indudablemente, misterio geográfico que tiraba de los hombres y de sus naves como la montaña imán de que hablaban los navegantes árabes del Océano Índico. Notaba el doctor Acosta un nuevo paréntesis de obscuridad en las confidencias de Maestre Cristóbal. Un día — sin que él dijese como había logrado tal entrevista — era oído por don Juan Segundo, continuador de la obra marítima de don Enrique. Este monarca, como el difunto infante, tenía su corte de sabios. Además, estaba en relación con otros que vivían en España, especialmente con el judío Abraham Zacuro, profesor de matemáticas en Salamanca, que había escrito notables obras de astronomía, sobre el uso del astrolabio en el mar y otras materias concernientes a la ciencia de la navegación. Ofreció Maestre Cristóbal al rey un nuevo medio para ir a las Indias. Su plan era buscarlas por el Occidente, no seguir costeano el África, para remontarla luego pasado el cabo de Buena Esperanza, llegando finalmente por un camino tan largo al principio de las Indias. Resultaba más breve lanzarse a través del Océano hasta llegar a los confines más orientales del Asia, o sea a Cipango y Catay (el Japón y la China), visitados por Marco Polo. Era un viaje de setecientas leguas, que podía hacerse en pocas semanas, llegando al corazón de un mundo lleno de riquezas. Al oír Acosta los planes de este proyectista, había mostrado interés por sus infortunios, escribiendo a sus amigos de Lisboa para conocer exactamente lo ocurrido. La corte científica de Portugal, compuesta de los cosmógrafos, matemáticos y navegantes más notables de aquella época, había acogido con extrañeza las proposiciones de Colón al verlas basadas en un enorme error científico. Además, ni siquiera ofrecía el atractivo de la novedad. Años antes, un físico de Florencia, Paulo Toscanelli había enviado por escrito un plan semejante a un canónigo portugués amigo del rey. El médico Toscanelli no había navegado nunca, y aunque de vastos estudios, jamás se dedicó a la ciencia geográfica. Mas su familia, enriquecida en Florencia por el comercio de las especias, quedaba arruinada a consecuencia de la toma de Constantinopla por los turcos, y próximo a la vejez, sentía la misma fiebre de oro de su siglo, dedicándose a la busca de minas y a encontrar un camino que permitiese traer por Occidente la especiería asiática. La junta de Lisboa vio en la propuesta de este extranjero una reproducción del ya olvidado plan de Toscanelli. Tal vez había hecho suya igualmente una carta de navegación que el físico Paulo había trazado en su retiro de Florencia, lejos del Océano, guiado por su ansia de riquezas que le hacía preferir las soluciones más optimistas, y más rápidas, sin otro apoyo que los distintos mapas publicados por los cartógrafos catalanes, mallorquines, y venecianos, los cuales poblaban a su capricho de islas fantásticas e indeterminadas las soledades del mar. El plan de Colón, así como el primitivo de Toscanelli, tenía por base un formidable error de cálculo. Sólo un hombre de recientes y apresurados estudios, con la vanidad del primario que se imagina ser el único que ha leído los pocos libros manejados por él, podía concebir tal monstruosidad geográfica. Todos conocían la redondez de la tierra, base de las teorías de Colón. No había entonces ningún hombre de estudio que dudase de la esféricidad de nuestro planeta. En los primeros siglos del cristianismo se había obscurecido esta noción, aceptada por los sabios de la antigüedad. El viajero Cosmas Indicopleutes y otros geógrafos sacerdotales del oscuro período que ahora llamamos «la primera Edad Media» propagaron los dislates de una tierra semejante a un disco, plano en torno al cual giraba el sol, ocultándose detrás de una montaña durante la noche; todo esto bajo una cúpula sólida que era el cielo por cuya cara interior resbalaban los planetas. Pero a partir

del siglo XIII empezaba «la segunda Edad Media»; precursora del Renacimiento. Los geógrafos árabes habían resucitado las obras de la antigüedad, restableciendo otra vez el principio de la esfericidad de la tierra. San Agustín, y otros sabios de los primeros siglos de la Iglesia habían dudado de esto y de la existencia de los antípodas, pero en el siglo XV hacía ya centenares de años que los mahometanos en sus academias, los judíos en sus Aljamas y los frailes estudiosos en sus conventos sabían perfectamente que la tierra era redonda. El gran maestro árabe Alfragano había probado desde el siglo IX esta redondez con demostraciones indiscutibles. Mas los sabios de Lisboa veían con escándalo cómo en este plan de Colón se disminuía con una ligereza pueril el volumen de la tierra. Todos ellos dividían el planeta en ciento ochenta grados, como Ptolomeo y como Euclides, sabios alejandrinos de la ciencia egipcio-griega, y los maestros árabes habían hecho lo mismo. Ptolomeo, daba al grado una medida menor que la de Euclides lo que hacía al mundo más pequeño, pero sin alcanzar ni remotamente la exigüidad que le suponía Colón. Euclides, seguido por la mayor parte de los sabios de entonces, daba al grado mayor distancia, llegando aproximadamente al volumen terrestre reconocido por la ciencia moderna. Colón se apoyaba en las medidas de Alfragano, pero éste había hecho su mensura en millas árabes, más extensas que las millas italianas, y cómo Colón las creyó millas italianas, o sea mucho más reducidas, sostenía con vanidosa seguridad las falsas conclusiones de tan enorme error geográfico. Además creía que el planeta estaba compuesto en su mayor parte de macizos continentales, y solamente una séptima porción de él la ocupaba el mar. Asia, agrandada por su imaginación, cubría la mayor parte de la tierra, y su extremidad oriental hallábase nada más que a unos centenares de leguas de Portugal y España por la parte de Occidente. No había más que navegar siempre hacia el Oeste para descubrir las Indias en pocas semanas. El rey de Portugal despedía al proyectista más por sus ambiciones mercantiles que por sus errores científicos. Estaba acostumbrado a que los marinos portugueses expusieran su vida por la gloria de realizar descubrimientos geográficos tanto o más que por la ganancia. Todos los exploradores de África habían procedido con desinterés. Para este extranjero no existía el interés científico. Todo lo hacía por conseguir oro, poder y honores, importándole poco servir a una nación o ponerse a las órdenes de otra. El monarca lo tuvo por loco al escuchar lo que exigía a cambio de sus servicios: nombramiento de almirante del Océano, de visorrey y gobernador a perpetuidad de las tierras que descubriese, pudiendo dar todo esto en herencia a sus hijos, lo mismo que los monarcas. Esto representaba la fundación de una dinastía real, la de los Colones al otro lado del Océano (las mismas disparatadas condiciones que ocho años después aceptaron los reyes de España). Según habían escrito al físico Acosta sus amigos de Lisboa, este vagabundo era «un hombre glorioso», o sea de gran jactancia, creyendo saber más que todos y acogiendo con impaciencia toda objeción a sus doctrinas. Al ver repelido su proyecto por los sabios consejeros del rey, los declaraba a todos ignorantes y envidiosos de su superioridad. Como habían tardado en dar una opinión definitiva sobre su proyecto, pues en aquellos tiempos era corriente proceder con lentitud al examen de los asuntos, el imaginativo aventurero contaba que el rey y los suyos le habían entretenido interesadamente, mientras se aprovechaban de sus informes, enviando en secreto una carabela a través del Océano para convencerse de si su plan era cierto. Y que al volver la nave derrotada por las tempestades sin haber visto tierra, no pudiendo robarle su invención, la declaraban falsa. El doctor de Córdoba había sonreído al leer esta patraña en las cartas de sus amigos de Portugal. Don Juan Segundo, que siempre había protegido las iniciativas de los navegantes, no era capaz de tal traición. Además, dicha estratagema resultaba inútil, pues si el aventurero había revelado algún secreto importante, no era necesario entretenerlo mientras enviaban la carabela exploradora. Puestos a proceder con maldad, podían despacharla públicamente aprovechando sus revelaciones. Acosta sabía desde mucho antes que el rey de Portugal había autorizado a varios navegantes suyos para explotar por su cuenta el Océano en busca de la isla de las Siete Ciudades, llamada Antilla por los cartógrafos de la época, los cuales la situaban a su capricho, así como otras islas no menos fantásticas, últimos restos de la desaparecida Atlántida. Todos ellos habían vuelto sin descubrir nada. La suerte no les favorecía nunca. Unas veces les hacían volver las tormentas, otras se veían rodeados por mares de hierbas que alarmaban a sus tripulaciones haciéndolas creer que estos bosques acuáticos acabarían por impedir la navegación, y exigían a sus capitanes la vuelta a Portugal. Una de estas expediciones había servido indudablemente 'al genovés para forjar su historia. Consideraban más fácil los sabios de la corte portuguesa el camino a las Indias contorneando o bajando la masa de África. Conocedores del volumen de la tierra mejor que Colón, sabían que era preciso navegar unas tres mil leguas para ir por Occidente al extremo oriental de Asia, atravesando un mar enormísimo, los actuales Atlántico y Pacífico formando un solo Océano. Algunos navegantes portugueses habían intentado ésta empresa aventurada a sus propios riesgos, sin ninguna protección real, desistiendo de continuarla después de varios ensayos infructuosos. Maestre Cristóbal, a partir de este fracaso, iba explicando su existencia con mayor claridad. Sin embargo, hablaba poco de su esposa. El doctor la tuvo al principio por muerta. Luego, a juzgar por ciertas palabras que se le escaparon a Colón, la creyó aún en Lisboa con un hijo de pocos años llamado Diego.

Nada esperaba ya de Portugal. Sólo tenía allí frecuentes motivos de enojo. El doctor Acosta llegó a sospechar que había venido a España huyendo de sus deudas. Llevaba varios años sin obtener ganancia alguna, sostenido por la familia de su mujer, dedicando todo su tiempo a inquirir noticias favorables a sus planes o a buscar protectores que lo recomendasen al rey. Un hermano suyo llamado Bartolomé, había abandonado igualmente Lisboa, dirigiéndose a Londres para exponer al monarca inglés el plan de descubrir las Indias por Occidente que habían formado los dos. Bartolomé, según escribían al doctor sus amigos de Lisboa, era mejor cosmógrafo que su hermano, más reposado y firme en sus juicios, pero menos imaginativo, sin la elocuencia y la convicción de Cristóbal, que mostraba algunas veces en sus discursos una exaltación de profeta. Los dos habían escrito proponiendo su descubrimiento de las Indias a las repúblicas de Venecia y de Génova, sin recibir la menor respuesta. Los genoveses de Italia no prestaron atención a las palabras de este hombre que se decía compatriota suyo. Ignoraban su existencia. La vida de Colón en España había empezado dos años antes de que le conociera el doctor. Gracias, tal vez, al apoyo de los genoveses de Sevilla, era recibido por el duque de Medinasidonia, rico prócer que disponía de numerosos barcos, por tener el privilegio de las almadrabas, para la captura de atunes, cerca del Estrecho de Gibraltar. Pero convencido de que este magnate no ayudaría sus planes, se presentaba a otro duque, el de Medinaceli, no menos rico y poderoso, que en su señorío de Puerto de Santa María contaba con una flota propia de carabelas, naos y saetías, dedicada normalmente al comercio y puesta otras veces al servicio de los reyes en su guerra contra los moros de Granada. Seducido por la fécundia con que el extranjero exponía sus planes, por las riquezas inmensas que esperaba encontrar navegando hacia el Oeste, se mostró el duque predisposto en los primeros meses a facilitarle dos barcos de los suyos para que se lanzase a través del Océano. Luego desistía, creyendo esta empresa más propia de los reyes que de un señor feudal. Además le reclamaban los sucesos de su propio país con más urgencia que aquella navegación a las Indias, y tuvo que ir a Córdoba con sus gentes de armas para unirse al rey don Fernando, que había empezado a guerrear contra los moros de Granada. Dejó a Colón algún tiempo en su vivienda señorial, como parásito necesitado de vivir a la sombra de un prócer rico, y asistió a las conquistas de las ciudades de Coin y Ronda. Terminada esta campaña contra los moros en junio de 1485, los monarcas victoriosos se volvieron a Castilla, ofreciendo volver a Córdoba en el invierno para reanudar las operaciones de guerra. Y Medinaceli aconsejó a su protegido que se trasladase a dicha ciudad, prometiendo conseguirle una audiencia de los reyes. La corte iba de un lado a otro según las necesidades de su política, pero en esta existencia giróvaga era Córdoba el lugar donde permanecía más tiempo a causa de su cercanía al reino granadino. Y entonces fue cuando el doctor Acosta conoció a Colón, invitándolo a su mesa en los días que eran nefastos para el proyectista, cuando se presentaba poco antes de las doce de la mañana con cierto aire fámélico. Había acabado el estudioso físico por conocer todas las lecturas que este hombre imaginativo guardaba en su memoria. Era en realidad «el hombre de un solo libro», del que habla Santo Tomás, juzgándolo temible por su fe ciega y su falta de dudas que incitan a nuevos estudios. Su libro único era el *Imago Mundi*, del cardenal Pierre d'Ailly — el antiguo protegido del papa Luna —, cuyo nombre habían modificado los españoles, llamándolo Pedro de Aliaco. Este resumen enciclopédico de toda la geografía de la época bastaba a Colón. Por él había conocido las opiniones de los autores de la antigüedad y las de otros escritores contemporáneos de Aliaco, lo que le permitía, con una erudición de segunda mano, citar a Séneca o al papa Eneas Silvio sin haberlos leído hasta entonces directamente. Aparte de dicha enciclopedia científica, solía basar sus afirmaciones en dos libros que ya contaban, el uno más de dos siglos y el otro más de uno, y el arte de la imprenta, todavía en su infancia, empezaba a generalizar: dos relatos escritos por exploradores de la misteriosa Asia y que más bien eran novelas de viajes. Colón había oído, viviendo en Portugal, los relatos más prodigiosos del libro de Marco Polo. Luego el doctor Acosta le proporcionaba en su biblioteca esta misma obra traducida al latín. Este viajero veneciano del siglo XIII había conocido en China al Gran Kan, siendo luego funcionario a las órdenes del rey de los reyes, y gobernó en su nombre una rica provincia. Acosta, al hablar con este vendedor de «libros de estampa» sobre las riquezas del Imperio de Catay y otros reinos del Gran Kan, exponía sus dudas respecto al hecho de que la dinastía de estos poderosos emperadores siguiera existiendo. Eran soberanos tártaros, descendientes del famoso Gengis-Kan, el cual había llegado en su expansión conquistadora hasta derribar a los emperadores de la China, estableciéndose en Cambalú, la ciudad que luego había de ser Pekín. Pero todo esto había ocurrido en tiempo de Marco Polo, y el doctor, por los relatos de algunos monjes cristianos que fueron mucho después a tan apartadas tierras, tenía la sospecha de que la dinastía tártara había desaparecido a su vez bajo el empuje de una nueva dinastía china restauradora de la independencia nacional y que ya hacía muchos años que no existía Gran Kan. Pero Colón seguía fiel al mencionado libro y a las grandes magnificencias del «rey de los reyes» vistas por el viajero veneciano. La historia de Marco Polo al regresar a su patria resultaba tan maravillosa como sus viajes. Volvía a Venecia después de veinticuatro años de ausencia, con su padre Nicolo y su tío Maffeo, y todos sus parientes se negaban a reconocer a estos tres viajeros con rostros y vestiduras de mandarines chinos.

Entonces los tres Polo daban un banquete a los de su familia y rompían a los postres los dobleces de sus vestiduras, haciendo caer sobre la mesa una cascada de diamantes, perlas, esmeraldas, rubíes y zafiros. Y Venecia, admirada y burlona a la vez ante los relatos de Marco Polo, lo apodaba «Micer Millones». La otra obra era el llamado Libro de las maravillas, escrito por el caballero inglés Juan de Mandeville. El doctor Acosta, a causa de sus grandes lecturas, se permitía dudar un poco de la realidad de dichos viajes aun en sus partes más verosímiles y hasta de la existencia del inglés Mandeville. Casi todo lo que decía éste era sacado de Plinio, y sobre todo de Solino, otro autor de la antigüedad que había resumido en su libro cuantas cosas maravillosas creían los de su época. El relato de Mandeville le parecía simplemente una novela de viajes, y no se equivocaba en su apreciación. Durante más de un siglo vivió con los honores de obra famosísima, siendo el libro del que se hicieron más ediciones al generalizarse la imprenta. Colón lo leyó repetidas veces como obra de consulta hasta en su más avanzada vejez, extrayendo de él muchas de sus ideas. En realidad, según modernas averiguaciones, fue una novela escrita por cierto médico y astrólogo de Lieja llamado por unos Juan de la Barba y por otros Juan de Borgoña. Con los relatos de Marco Polo, al que no cita, con los viajes de los frailes Oderico y Carpin a la Gran Tartaria en los siglos XIII y XIV, con lo dicho por los autores latinos y la Epístola supuesta del Preste Juan de las Indias que circulaba por Europa en el siglo XIII, fabricó el mencionado libro, que empezó a ser conocido en 1353. Fue acogido el Libro de las maravillas con entusiasmo por la humanidad de entonces, ansiosa de misterios. Además, los hombres doctos podían encontrar reunidas en dicha obra todas las noticias que andaban dispersas en volúmenes de distintos países, y cuya busca exigía larga paciencia y muchas dificultades. Viajaba el supuesto caballero inglés Mandeville por Tierra Santa en la primera parte de la obra, contando prodigios solamente cristianos. En la segunda parte, que sólo trataba del mundo natural, aparecía lo maravilloso. Mandeville llegaba muy cerca del Paraíso Terrenal, describiendo los cuatro ríos que nacen y descienden de este jardín eterno, situado a enormísima altura. Luego iba a la India, al archipiélago Malayo, y finalmente al Imperio chino. ¿Qué no había visto el falso caballero inglés en sus viajes? Árboles que producían harina, vino y miel; otros que daban lana; peces que una vez al año venían ordenadamente a las costas para hacer reverencias al monarca del país y retirarse; grifos guardadores de tesoros; el reino del Preste Juan, con las grandes ceremonias de su corte, mezcla de esplendor oriental y de liturgia cristiana; minas de oro en países donde hombres y mujeres iban desnudos, haciendo escarnio de los extranjeros que se presentaban vestidos; montañas en cuyas rocas crecían enormes diamantes de suave color azul. La descripción de las riquezas de Catay, tierra del Gran Kan, hecha por Mandeville, la había leído Colón muchas veces, encontrando en ella una renovación de la fe que mostraba en sus proyectos. Acosta se explicaba la popularidad de este libro, que aún fue en aumento muchos años después. Los lectores crédulos y ansiosos de maravillas, que eran casi todos los de entonces, se enteraban de que existían en las Indias hombres con cara de perro, llamados «canefalles», otros que recibían el nombre de «monóculos» porque sólo tenían un ojo, diferenciándose con ello de un pueblo cercano cuyos habitantes tenían cuatro ojos, viendo por todos ellos. Poblaciones de pigmeos se batían en perpetua guerra con ejércitos de grullas. Había hombres sin cabeza que tenían los ojos y la boca en el pecho. Otros en el lugar de la boca sólo mostraban un pequeño orificio, teniendo que absorber alimentos líquidos valiéndose de una pajuela. Cerca de las fuentes del Ganges las gentes carecían de estómago, y vivían de perfumes vegetales, especialmente de oler manzanas. Ciertos habitantes de la India, siendo normales en sus órganos, tenían sin embargo unas orejas tan enormes, que se envolvían con ellas todo el cuerpo lo mismo que una capa; otros tenían un pie único, pero tan grande, que sólo necesitaban echarse en el suelo y elevarlo sobre su cabeza para verse resguardados del sol o la lluvia como si estuviesen debajo de una tienda. Aparte de tantas descripciones fabulosas, que no pertenecían en realidad a la crédula Edad Media, por ser copiadas de Solino y otros autores antiguos, esta novela de viajes dentro de su balumba de relatos inverosímiles guardaba algunas verdades geográficas de enorme valor, lo mismo que los revoltijos de algas ocultan conchas perlíferas en el fondo de los mares. El médico-novelistas de Lieja hacía hablar a su Mandeville de la redondez de la tierra como una verdad indiscutible, harto sabida por todos, más de siglo y medio antes de que Colón y el doctor Acosta conversasen en Córdoba. Este incógnito Juan de la Barba era también el primero en mencionar la posibilidad de un viaje de circunvalación de nuestro planeta, dando con esto a su disparatado libro un valor indiscutible en la historia de los descubrimientos. Contaba Mandeville en 1356 como cosa cierta, que un europeo había ido a la India, visitando luego más de cinco mil islas, y tanto rodeaba en su viaje el mundo durante años y años, que al fin se encontraba en una tierra donde oía hablar su propia lengua y los aradores animaban a sus bueyes con las mismas palabras que en su país. Era que había vuelto, sin saberlo, a su punto de partida. Tal viaje resultaba fácil, dada la geografía de aquellos tiempos. El mar era poco y las tierras ocupaban la mayor parte del planeta. Europa, Asia y África, todo lo que se conocía entonces, formaban un continente único, un macizo terrestre rodeado de archipiélagos y bañado por un solo Océano. Los mares de la India eran semejantes al Mediterráneo. El que atravesase este Océano único, de una anchura sin

importancia comparado con la enorme extensión de las tierras, podía ir fácilmente por el Oeste de Europa al extremo oriental de Asia. Aceptaba Colón con entusiasmo las enseñanzas de este libro; pero el doctor Acosta si lo mantenía en su biblioteca era por el viaje supuesto alrededor de la tierra, aunque dudaba de que la masa continental fuese tan enorme como decía Mandeville y tan angosto el único Océano. El resto de los tales viajes considerábalo semejante a las novelas de caballería que empezaban entonces a ser popularizadas por la imprenta. Una tarde del invierno de 1483, estando Colón en la sala de los libros del célebre físico, se atrevió a pedir a este personaje que diese opinión sobre sus proyectos. Los reyes iban a llegar a Córdoba, y él esperaba, con las recomendaciones de Medinaceli y otros personajes que había conocido en Sevilla, poder llegar a que le oyese Sus Altezas. En aquel tiempo los reyes de España sólo recibían el título de «Alteza». Fue su nieto el emperador Carlos V quien impuso el tratamiento de «Su Majestad». Era indudable para el proyectista que cuando expusiera ante los reyes sus propósitos, tan mal acogidos en la corte de Portugal, aquellos llamarían a consulta a los sabios de su corte más versados en la ciencia geográfica, siendo uno de ellos el doctor Acosta. Este le había escuchado siempre sin distracciones, sonriendo algunas veces con cierta bondad, pero sin decir nada concreto. Maestre Cristóbal tampoco se había cuidado de solicitar su opinión. Tenía sus ideas por indiscutibles; sólo la ignorancia o la envidia podían oponerse a ellas. Y al solicitar por primera vez la aprobación del célebre físico, se mostró sorprendido y casi absorto viendo que éste movía la cabeza negativamente. Gabriel de Acosta no creía que ningún hombre de verdaderos estudios aceptase las ideas geográficas de este vagabundo enigmático. En un viaje de setecientas leguas no era posible llegar de España a las tierras del Gran Kan navegando hacia el Oeste, a través del Océano único. Él tenía una noción distinta del verdadero tamaño del planeta, de la distribución de las tierras y las aguas, o sea de «las esferas», como decían entonces. El mundo era más grande que lo suponía Colón, errado en sus cálculos, y los mares más extensos y numerosos que él los imaginaba. (*blainville 50 ans et plus*).

Audiolibro En Busca Del Gran Kan V Blasco Ib Ez Primera Parte Rese A Y Cap Tulos I li lii

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>